

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

anatomía
de
agatha
christie

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

ANATOMÍA DE AGATHA CHRISTIE

“La novela policial... no necesita defensa; léida con cierto desdén ahora, está salvando el orden en una época de desorden. Esto es una prueba que debemos agradecerle...”

JORGE LUIS BORGES, “El cuento policial”, 1978.

*¡Oh! ¿Quién dirá dónde está la Ficción,
si la ficción no está aquí?
Porque aquí están el Color, la Muerte y el Sueño,
y la magia por doquier!*

(De un poema escrito por AGATHA CHRISTIE)

INTRODUCCIÓN

Muy de tarde en tarde se producen en la humanidad fenómenos inusitados que, dentro de la oscura confusión en que se mueven los hombres y las cosas, entre máquinas y montones de chatarra, entre manejos turbios y deseos insanos, parecen brotar como una hermosa flor amarilla que naciera en un estercolero.

Aparecen por generación espontánea, no hay nada que pueda predecirlos, ni tampoco explicarlos. Son prodigios de la Naturaleza, engendrados por la conjunción de factores misteriosos, aparentemente sin relación entre sí.

Personas que, de una forma u otra, generan alegría y descanso, en medio de un caos de tensiones y miedo. Puede tratarse por ejemplo de una insignificante monjita, que dedicando su vida a aliviar a seres desgraciados de un lejano continente o país, llega a obtener el más importante galardón concedido a los Luchadores de la Paz: el Premio Nobel.

Puede nacer una chiquilla en una pequeña aldea sueca perdida en la nieve, y puede con su fértil imaginación llenar de historias todos los rincones del mundo: fructificando en las mentes infantiles permanecerá siempre en algún lugar escondido de la mente adulta. Allí conservará un rescoldo de ilusión y fantasía que no se desvanecerá con la edad.

O puede ser una muchacha inglesa, nacida a últimos de un siglo en una familia como tantas, cuyo destino, en un principio, parece semejante al de otras tantas muchachas inglesas que terminarán sencillamente en honorables madres de familia o en venerables abuelas. Y esto está bien, pero no es suficiente: hace falta que esa muchacha inglesa, parecida a todas las demás, por una especie de milagro albergue en el fondo de su espíritu un chispazo de ingenio, de inquietud, algo que la impulse, aún en contra de la comodidad, de la pereza, o de la indiferencia que tan fácilmente nos posee a los humanos. ¿Qué es preciso para que se produzca el encantamiento? ¿Qué combinación de genes, qué ambientes o qué casualidades dan como resultado una persona que «no es como las demás»?

Pues estas circunstancias, las que sean, tuvieron el poder de engendrar, hace más de un siglo, a una

mujer extraordinaria: Agatha Christie. Ella dedicó toda una vida a inundar el mundo de enigmas misteriosos, historias traducidas a todos los idiomas, con portadas multicolores y atractivas. Ella se ha convertido en un mito. Tanto, que nos parece natural hallar sus libros por todas partes, desde el kiosco de la gran ciudad o de la estación de ferrocarril o aeropuerto, hasta la tiendecita del lugar más apartado. No concebimos ya un sitio civilizado donde no se exhiban estos volúmenes: es un mundo ficticio de dagas y antifaces, de muñecas de trapo y alfileres de sombrero, de manchas de sangre que no parece sangre, y de armas de fuego que parecen de fogeo. Debajo de estas vistosas portadas se nos ofrece la garantía de unas horas de olvido, de un sedante para las absorbentes preocupaciones que nos acosan cada día.

Y es porque aquí la muerte es un juego, es un truco de ilusionista, un espectáculo de circo, como cuando la hermosa «partenaire» del mago, que ha sido cortada en dos en el escenario, aparece de nuevo entera y sonriente, saludándonos con un gracioso gesto de las manos... Es... «el tinglado de la antigua farsa».

La autora se saca de la manga víctimas y asesinos, nos mantiene el ánimo suspenso y sabemos que al final el mal recibirá su castigo, y el inocente será rehabilitado. Esta es la magia de Agatha Christie.

Alguien podrá tratar de arrebatarle su mérito, decir quizá que ella ganó mucho dinero con sus libros, que vivió muy cómodamente con las sumas que obtuvo de ellos. Algo así como si hubiera sido una escritora mercenaria, en lugar de una creadora de sueños. Yo no lo creo.

Hay muchas formas de ganarse la vida, con menos trabajo que construir novelas. El novelista es un forzado, y el que lo dude, que trate de escribir una novela coherente para pasar el rato. Por el contrario, serán muchas semanas, meses y hasta años, los precisos para escribir un libro, o una serie de libros. Luchando siempre contra la esterilidad que amenaza, contra el desánimo, o contra un simple dolor de cabeza. Sólo un gran esfuerzo de voluntad, un gran tesón, son capaces de atar al escritor junto a sus cuartillas, para seguir laborando. Nadie, que no tenga verdadera vocación de novelista, se ganará la vida escribiendo novelas: hay mil maneras mucho más cómodas de hacerlo.

A quien alegue el interés económico de Agatha Christie al publicar sus libros, podemos preguntarle: ¿Por qué entonces dedicó el producto de muchos de ellos a la familia, a los amigos, e incluso a instituciones para desconocidos? Hay un hecho poco conocido por el público, y es que cuando la autora murió y se distribuyeron sus bienes, frente a las fabulosas cantidades que todos aguardaban, resultaron cifras nada importantes, y que no constituían ninguna fortuna.

Hay algo que no puede improvisarse, algo que ella derrocha en sus escenarios, en las historias y personajes, incluso en los más abyectos. Algo que no se produce por dinero, ni se puede medir en libras esterlinas: ese algo es el AMOR.

Y es posible que, del otro lado de la vida y de la muerte, haya una anciana, intemporal ahora, que nos mira y sonríe, nos ofrece un volumen de colores brillantes, para que olvidemos por algunas horas que las naciones proyectan su mutua destrucción, que estamos enfermos o que hay que seguir adelante en la brega, o quizá que hemos perdido a un ser querido, o nuestras más preciadas ilusiones... Ella ya no está aquí, pero sus libros han quedado con nosotros y siempre podremos disfrutarlos: es el calvario y la gloria del escritor.

No podemos saber lo que ella pensaría de este libro, «Anatomía de Agatha Christie», pero en el deseo de su autora está que el presente volumen nos ayude a conocer a fondo la labor de la novelista, a sufrir y a pensar un poco con ella. Sólo si es así el libro servirá para algo, y habrá llenado el gran vacío que, no sólo en nuestro país sino también en otros muchos, incluso los que hablan su misma lengua, estaba dejando la falta de atención por parte de los críticos hacia esta escritora policíaca, por muchos conceptos genial.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN.....

PRIMERA PARTE

I. AGATHA CLARISSA MILLER

II. LA VIDA AL DICTADO. -El reflejo de los tiempos. -Los tipos y la moda. -Los viajes. -La

gastronomía. -El tema autobiográfico. -Espiritismo y parapsicología. -La política. -La religión.

III. RECURSOS DE LA PROFESIÓN. -Trucos y formas de detección. -Falsas pistas. -Tramas paralelas. -Hechos pretéritos. -Relaciones entre las historias. -Crímenes en cadena. -Canciones infantiles.

IV. ESCENARIOS. -Fincas residenciales. -El ambiente urbano. -El ambiente rural. -Vehículos de transporte: Trenes, barcos, autobuses, aviones. -Lugares diversos. -Escenarios insólitos. -Hoteles y lugares públicos

V. EL DETECTIVE. -Poirot. -Srta. Marple. -Tommy y Tuppence Beresford. -Parker Pyne. -Mr. Quin. -Otros. -Ariadne Oliver.

VI. Los MÓVILES DEL CRIMEN. -Motivos económicos. -El miedo. -El robo. -Los celos. -La venganza. -Políticos y de espionaje. -Mentes desequilibradas. -Varios.

VII. EL MÉTODO DEL CRIMEN. -Venenos. -Armas de fuego. -Arma punzante o cortante. -Instrumento contundente. -Estrangulamiento. -Ahogamiento por inmersión. -Otros métodos del crimen. -Se comete o simula suicidio, o se induce a él. -Robo o simulación de robo. -Raptos, chantaje, drogas, etc.

VIII. LA FORMA LITERARIA. -Primera persona por Hastings. -Otros personajes en primera persona. -Sistema epistolar, de diario o notas personales. -Narrador omnisciente.

IX. LA OBRA A TRAVÉS DE LOS PERSONAJES. -Poirot y Hastings. -Tommy y Tuppence Beresford. -Srta. Marple. -Otros.

X. ARIADNE OLIVER

XI. OBRAS DE TEATRO. -«La ratonera». -Obras de teatro, por orden cronológico.

XII. NOVELAS ADAPTADAS AL CINE. -OTRAS NOVELAS. -Novelas publicadas bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

SEGUNDA PARTE

LAS NOVELAS POLICÍACAS

Apéndice I: Novelas y colecciones de relatos policíacos por orden alfabético.

Apéndice II: Relatos cortos por orden alfabético.

Todas las citas han sido tomadas de las versiones españolas de la autora, publicadas por la Editorial Molino.

PRIMERA PARTE

I

AGATHA CLARISSA MILLER

Agatha Mary Clarissa Miller (Agatha Christie) nació en Torquay, Devon, el 15 de septiembre de 1890 (y no en el 91, como se ha dicho equivocadamente muchas veces). Su padre, Frederick Alvah Miller, era oriundo de Nueva York, y su madre era inglesa. Ella fue la menor de los tres hijos que tuvo el matrimonio.

En su juventud fue una muchacha típicamente británica, no demasiado agraciada aunque tampoco fea, y sí un tanto tímida. No asistió en forma permanente a ningún colegio y recibió instrucción en su casa, bien por parte de su madre, que era una mujer culta y sensible, o por medio de profesores particulares. El padre era un hombre ya maduro, con una hermosa barba, y que no vivió luego mucho tiempo.

Sus ocupaciones fueron las corrientes en la época, dentro de la clase social acomodada a que pertenecía: cantaba (tomó clases de canto, e incluso durante un tiempo pensó seriamente en dedicarse a la ópera); bordaba, y ayudaba en la cocina y en el jardín. La casa de su niñez, Ashfield, estaba rodeada de césped y de árboles. Cuántas casas semejantes a ésta fueron luego escenario de sus novelas, con habitantes aparentemente pacíficos, pero que llegan a cometer los crímenes más refinados con tal de heredar a la abuelita o liberarse de

un marido o de una esposa molestos.

Era aficionada a las historias de hadas, y leía a Dickens y a Conan Doyle. Fue su madre la primera persona que la animó a escribir un cuento: la muchacha guardaba cama por entonces, aquejada de una fuerte gripe, y el resultado obtenido la divirtió. A este cuento siguieron otros, todos ellos muy tristes y sentimentales, según propia confesión.

Agatha viajó a menudo en su juventud: visitó la Riviera y Egipto, y en El Cairo pasó una larga temporada con su madre. Además de los cuentos escribía algunos poemas; los cuentos románticos los enviaba a las revistas, y éstas se los devolvían sin leerlos. Ello enfrió por entonces sus aficiones literarias; también su fracaso como cantante la afectó profundamente.

En 1912 conoció al Sr. Archibald Christie, con el que se prometió. Dos años después, en plena guerra del 14, se casaron. Christie era aviador, y tuvo que incorporarse al Ejército en Francia; mientras, ella había ingresado voluntaria en el Hospital de la Cruz Roja de Torquay.

Hacia el final de la guerra fue trasladada al dispensario del hospital, y allí su trabajo disminuyó. Fue en este lugar donde tuvo su primer contacto con los venenos, que había de utilizar más tarde en sus libros. También en el hospital había empezado a conocer la psicología de las gentes, que luego tan agudamente describiría. Su hermana sostenía que era muy difícil escribir una novela policíaca en que no se supiera quién era el asesino, y ella admitió su reto. Las novelas policíacas eran por entonces lectura frecuente, y tanto las obras de Sir Arthur Conan Doyle como las de Chesterton y otros, eran libros obligados en toda biblioteca. A Agatha le gustaban, y sabía que eran eficaces para olvidar los horrores de la guerra y toda clase de preocupaciones. Además, estaba convencida de que también ella podría escribirlos,

Empezó con trabajo su primera novela, y aprovechando unas vacaciones de quince días la terminó en Dartmoor. Su famoso detective, Hércules Poirot, debe su creación a que Mrs. Christie conoció por entonces a un grupo de refugiados belgas, y decidió inventar un tipo de detective inédito en la ficción inglesa.

Tituló el libro «El misterioso caso de Styles»; como ha sucedido a otros muchos famosos escritores, lo envió sin éxito a una y otra editorial. Después que seis editores lo rechazaran, lo mandó a John Lane, del Bodley Head, de Londres, y se olvidó del asunto.

Al cabo de más de un año, llegó una carta citándola en la editorial. El resultado de la entrevista fue la venta de la novela, así como de los derechos de las cuatro siguientes que escribiera; no era un contrato ventajoso, pero ella lo firmó, encantada, pensando que al menos sus libros se publicarían. El libro vio la luz en 1920 y, según Sutherland Scott, fue «uno de los primeros mejor escritos».

La guerra había terminado, y el flamante Coronel Christie había vuelto a casa. La situación no era fácil para los excombatientes, y los puestos de trabajo escaseaban. El matrimonio viajó entonces a África del Sur, Australia y Nueva Zelanda, Canadá y los Estados Unidos. Agatha y su marido bautizaron su casa de Sunningdale, Berkshire, como Styles, después del éxito de su primera obra.

Poco a poco, la escritora fue haciéndose consciente de su valía; una vez que fueron publicadas sus cinco primeras novelas, el editor quiso renovar el contrato en las mismas condiciones y ella se opuso. Sus conocimientos de lugares y los viajes le fueron muy útiles para urdir las historias, y varias revistas publicaron por entonces sus relatos cortos, que luego fueron recogidos en volúmenes. Ello le proporcionaba nuevos ingresos.

Pero su verdadera fama data de 1926, cuando fue publicada la novela «El asesinato de Rogelio Ackroyd». Una conocida editorial francesa la incluyó como primer título de una colección de novelas policíacas. A partir de aquí la vida profesional constituyó un sostenido éxito para Agatha Christie, quien adoptó definitivamente el apellido de su marido como nombre literario. Los títulos se sucedieron, y se publicaron incluso relatos de su primera época, en colecciones más o menos homogéneas. El matrimonio había tenido una hija, Rosaleen, y su existencia parecía transcurrir por cauces felices.

Pero la madre de Agatha enfermó, y murió al poco tiempo. Su muerte supuso un gran golpe para la novelista: tuvo que recoger la gran casa, disponer el destino de los numerosos enseres, y aquel pesado trabajo,

junto con el dolor sufrido, pudo más que ella. Se abandonó físicamente y su carácter se hizo nervioso e irritable. El coronel Christie, aunque sin temor en la guerra, temía a la vida. Durante la enfermedad de su madre política, Agatha se había distanciado de él. Era un gran aficionado al deporte del golf, como buen inglés, y pronto halló una joven y alegre compañera que compartía sus aficiones. La unidad del matrimonio se resquebrajaba, y Agatha no tuvo la suficiente energía como para reaccionar.

La mañana del 3 de diciembre de 1926 los policías encontraron un automóvil abandonado en el campo. Era el Morris cuya desaparición se había denunciado en las comisarías de Surrey. El Mayor Christie había comunicado a Scotland Yard que su mujer había desaparecido, y muchos hombres fueron enviados en su busca, así como perros policía, e incluso hombres-rana que sondearon los lagos y dragaron los ríos. El tema ocupaba la primera página de todos los periódicos, y ello durante toda una semana. Todos pensaban ya en un suicidio.

Finalmente, como ocurre en las novelas, no fue la policía quien halló a la mujer desaparecida, sino un músico de jazz de un hotel de Harrogate, Yorkshire, en la costa sur de Inglaterra.

Una dama se había inscrito en el registro del hotel Majestic, bajo el nombre de Teresa Neele, domiciliada en El Cabo y venida de África del Sur. Aquella mujer tocaba el piano, y quiso acompañar a la pequeña orquesta del hotel. Al músico le extrañó el parecido de la nueva huésped con la foto que reproducía la prensa, y comunicó sus sospechas a la policía.

Cuando fueron a buscarla ella no recordaba nada. Su marido y su hija la reconocieron, pero la escritora sufría una ataque de amnesia, del que sólo se recuperó después de unos meses de reposo.

El matrimonio se deshizo en 1928, y Agatha Christie concedió a su marido el divorcio. Poco después, él se casó con una muchacha llamada Teresa Neele; Agatha había utilizado en su escapada el nombre de su rival.

Fueron tiempos difíciles para la novelista; había enviado a su hija a un internado, y ella se dedicó a viajar nuevamente, con el fin de recuperarse de la crisis sufrida. Madre e hija pasaron una larga temporada en las islas Canarias; poco a poco, la escritora fue sobreponiéndose a su dolor.

En el año 1930 visita Irak; en Mesopotamia conoció a Max Mallowan, un arqueólogo de la expedición dirigida por Sir Leonard Woolley, quien trataba de reconstruir la antigua ciudad sumeria de Ur. Pronto simpatizó con él. Ella era diez años mayor, y dudó antes de contraer un segundo matrimonio. La hija dio el visto bueno al nuevo candidato, y la boda se celebró en septiembre del mismo año.

Hicieron su viaje de novios por Grecia, y pasaron varios meses en Siria y en Irak; llegaron a Ur, en Caldea, donde el profesor Mallowan siguió con sus excavaciones.

Agatha acompañaba ahora a su marido, y al mismo tiempo iba tomando buena nota de los escenarios que utilizaría en sus novelas, sus «libros de viajes al extranjero»: «Muerte en el Nilo», «Asesinato en Mesopotamia», «Cita con la muerte»... El matrimonio pasaba la mitad del año en Oriente, donde ocupaban una casa árabe, y donde Agatha ayudaba supervisando el material fotográfico, y además en la limpieza de los objetos hallados. «Pueden imaginar, dice ella misma, la emoción de limpiar con ahínco el polvo y la mugre y descubrir un amuleto de una antigüedad de 7000 años.» No en vano, la novela policíaca y la arqueología tienen como fin común el de resolver enigmas.

Según la novelista, el agua del Tigris da un té mucho mejor que el preparado con la del Támesis. En 1946 apareció una obra autobiográfica, «Ven, dime cómo vives» en que relata con mucho colorido esta larga etapa de su vida. Libros y obras seguían haciendo apariciones continuadas; con el transcurso del tiempo su hija se casó también, y tuvo a su vez un hijo, Matthew. Esta vida tranquila fue interrumpida por el segundo conflicto mundial. Por segunda vez, la novelista debía ver partir a su esposo para tomar parte en una cruenta guerra. Max Mallowan se alistó como voluntario en las Fuerzas Aéreas, pero fue cedido por aquella organización al Gobierno Militar Británico en África del Norte, para actuar como Consejero en Asuntos Árabes, en Trípoli, a causa de sus conocimientos de las costumbres y de la lengua árabe.

Agatha permaneció en Londres, y allí trabajó como enfermera en el Hospital del Colegio Universitario de la ciudad. Al mismo tiempo seguía escribiendo, ahora más intensamente, ya que «ninguna otra cosa podía hacer en las largas veladas de la guerra». Uno tras otro surgían nuevos títulos, se ampliaba más y más el

círculo de sus lectores, e incluso reservó dos obras para ser publicadas póstumamente. Una de ellas fue «Telón», la última aventura de Poirot en que moría el detective, y la historia de Miss Marple, «Un crimen dormido». Ambas fueron confiadas a un notario para su custodia, y los beneficios se destinaron a la hija y el esposo de la novelista. Todo el mundo aguardaba ahora «un nuevo Christie para Navidad».

El matrimonio volvió a reunirse cuando acabó la guerra; su hermosa vivienda en Greenway había sido requisada por la Marina, que la devolvió en condiciones desastrosas: la enorme despensa había sido convertida en retretes para los soldados, y hubo que llevar a cabo una larga y costosa reparación. Por fin la pareja pudo ocupar nuevamente la residencia.

Agatha adaptaba sus propias obras al teatro. En un principio esta tarea había sido llevada a cabo por otros, pero ella decidió hacerlo personalmente. Tuvo al mismo tiempo tres obras de éxito representándose en Londres, incluida «La ratonera», que comenzando en noviembre de 1952, ha batido todos los récords ingleses de permanencia en escena, y se representa todavía. A su nieto, Matthew Pritchard, pertenecen los derechos de autor de la obra, que ha sido representada además en 41 países. Muchas novelas han sido también llevadas al cine; Poirot figura en alguna de ellas. Miss Marple, la vieja solterona de pueblo, fue interpretada numerosas veces por la inefable Margaret Rutherford.

En 1950 la autora contaba 60 años, y se había convertido en una mujer grande, más bien gruesa, que llevaba el cabello recogido atrás en un gran moño. Su capacidad creativa no había sufrido mengua, ni la sufrió en los veinte años posteriores, ya que mantuvo su actividad como escritora hasta superar los ochenta. Matthew había crecido, y la novelista estudiaba en él las reacciones de la novísima generación. También los impuestos de Agatha Christie como escritora subían, de tal modo que se dio cuenta de que, para su economía, era lo mismo que escribiera una sola novela al año.

En abril de 1950, Agatha Christie consideró que había llegado el momento de emprender la redacción de una Autobiografía; en ella no seguiría un estricto orden cronológico, sino que los recuerdos acudirían a su pluma espontáneamente con saltos hacia atrás en el tiempo y constantes mudas en el espacio. Esta labor le llevó quince años. El libro de Max Mallowan, «Nemrud y sus ruinas», fruto de treinta y cinco años de trabajos en Oriente Medio, está dedicado a su esposa, y contiene asimismo mutuas experiencias.

Agatha Christie ha escrito también novelas no detectivescas, bajo el nombre de Mary Westmacott. Son historias sentimentales («Lejos de ti esta primavera», «La rosa y el tejo», etc.) En total produjo más de 100 obras, (80 novelas policíacas, 17 obras teatrales, y el resto son novelas rosa). Ha publicado un libro de pomas y de historias para niños, «Una estrella sobre Belén», como Agatha Christie Mallowan.

Ella seguía amando a su esposo, cuarenta y cinco años después de su boda. Max Mallowan llegó a ser Profesor Honoris Causa y miembro de la Junta de Gobierno del All Souls College de Oxford, y además presidente de la Escuela Británica de Arqueología en Irak, de la cual había sido director hasta 1961. Los Mallowan poseían dos casas, Greenway en Devonshire, y Winterbrook, una pequeña residencia cerca de Oxford, además de un piso en Chelsea para las ocasiones en que visitaban Londres. La casa del Devonshire dominaba el río Dart, desde donde los Padres Peregrinos, en 1620, embarcaron en el Mayflower hacia el Nuevo Mundo para fundar la colonia de Plymouth, la primera de Nueva Inglaterra. En su escritorio de Greenway, Agatha escribió muchas de las obras que, según ella, imaginaba mientras estaba paseando o tomando un baño.

La novela «Pasajero para Frankfurt» fue publicada por Collins en vísperas del ochenta aniversario de la novelista. Fue el éxito del film «Asesinato en el Orient Express» lo que la decidió a publicar el fin de Hércules Poirot antes de lo previsto. La novela «Telón» fue publicada en Inglaterra y en Estados Unidos en octubre de 1975.

Tres meses después, el 12 de enero de 1976, murió Agatha Christie a los 85 años, en su casa de campo de Wallingford. Había sido nombrada miembro de la Real Sociedad de Literatura, y Doctor Honoris Causa en Letras por la Universidad de Exeter en 1961. Entre sus lectores se hallaba la reina Isabel II, quien en 1971 la ennoblecó como Dama del Imperio Británico.

Hacia veinticuatro años, tres meses y veinte días que se había estrenado en Londres su obra «La ratonera». Sus libros han pasado por muchas ediciones, y han sido traducidos a 28 idiomas, habiéndose vendido más de 300 millones de ejemplares en todo el mundo; un informe de la Unesco de hace algunos años constataba que era la autora británica más leída. Posiblemente sea también el escritor que más éxito financiero haya obtenido en Inglaterra y en el mundo entero; con excepción de Shakespeare, ningún autor inglés ha tenido tantas traducciones como ella, y su obra ha constituido el más importante «best-seller» en el campo de la novela policíaca.

A pesar de todo ella no fue más que una sencilla mujer, dotada de una sensibilidad aguda y una gran curiosidad por todo y por todos. Poseyó, además, una enorme capacidad de trabajo. Sus aficiones fueron la lectura, los viajes y algunos deportes como el tenis y la natación, y le gustaba la buena cocina, así como adquirir casas y decorarlas. No fue una persona vanidosa; por el contrario, era tímida, y por eso evitaba a los periodistas y los medios de comunicación. Veneraba a sus amigos, y el producto de la venta de muchos de sus libros estuvo dedicado a ellos, así como a diversos establecimientos benéficos. También hizo colocar una hermosa vidriera en su iglesia local, de lo que estaba sumamente orgullosa. Al día siguiente de su muerte, todos los periódicos del mundo publicaron extensos reportajes dedicados a su vida y a su obra.

Pocos hombres de hoy no habrán recibido una parte de su herencia intelectual. Sus crucigramas policíacos han dispensado muchas horas de distracción, y sus novelas aparecen en la mayor parte de las bibliotecas, así como en todas las librerías de aeropuertos y estaciones de ferrocarril. Pocos serán los que no hayan leído una novela de Agatha Christie, aunque sean muy pocos los que las hayan leído todas. En salas de espera, residencias de ancianos y hospitales, muchos vieron pasar así las horas con un poco menos de impaciencia o de angustia. Sus libros ocuparon un rincón en la cartera del colegial, y en el cesto de labores del ama de casa. Hay que ser demasiado pedante como para no reconocer el gran mérito de una escritora popular como ella.

II LA VIDA AL DICTADO

Se ha dicho que la historia policíaca es un jeroglífico, un problema a resolver, y ello es en parte una verdad. Pero la acción tiene, por fuerza y para que resulte en cierto modo verosímil, que ir encuadrada dentro de un ambiente o espacio, con unos personajes lo suficientemente convincentes y que impriman vida a los escuetos elementos de la trama. Para ello, el novelista policíaco tiene que fijarse en las personas y en los lugares, y plasmarlos después en su historia. Como estas novelas, por lo común, reflejan hechos actuales (con raras excepciones, como puede ser «La venganza de Nofret», de la autora que nos ocupa), resulta así que el relato policíaco ha de ser un reflejo, cuanto más exacto mejor, de todo lo que rodea a un escritor en aquel momento y en aquel lugar.

Y si esto es válido para todos, no digamos nada de una autora que ha observado agudamente el mundo durante un tan largo espacio de tiempo. Desde su primera novela publicada (que, como se ha dicho, llevaba ya varios años escrita), hasta la última, transcurren más de cincuenta y cinco años, dos guerras mundiales, se hunde el Imperio Británico arrastrando consigo un sinfín de costumbres ancestrales, hasta irrumpir finalmente en una era donde el átomo, el plástico y la electrónica ocupan lugares de privilegio.

Es, por otra parte, una óptica sensible y aguda la de Agatha Christie, y su curiosidad femenina le impide pasar por alto detalles en cuanto a formas de vida, costumbres, tipos e indumentarias. Desde sus primeros tiempos, en que los libros de otros escritores la influyen con sus pasadizos secretos, sus disfraces pertenecientes a la antigua arlequinada, sus antifaces y personajes misteriosos, hasta los últimos, en que la novela americana ha hecho violenta irrupción en la literatura amenazando incluso de muerte a la novela-problema, esta autora ha debido capear todos los temporales, adaptarse a los tiempos, y a la vez reflejar como

en un nítido espejo todo lo que sucedía en derredor.

Sus primeras jovencitas son audaces, parecen despertarse de un enclaustramiento secular, y surgen, extrañas dentro de un ambiente todavía reactivo, emprendiendo las más alocadas aventuras; no dudan en perseguir a terribles asesinos, siguiendo los moldes de aventureros como Nick Carter, y otros tipos semejantes. Proliferan en las historias las bandas internacionales, y los escondites son recónditos y misteriosos.

Las chicas llevan el pelo corto y los muchachos el cabello engomado; el dominio de Su Majestad Británica tiene todavía un peso específico en el mundo. Luego, poco a poco, van pasando los efectos de la conflagración, se olvida la injuria contra el enemigo, y la vida vuelve a transcurrir por cauces normales. Ahora el ambiente es propicio a otro tipo de intriga, aquélla que transcurre en el interior de una familia, y aquí se incuban toda clase de hechos delictivos, en que suele ser desgraciado protagonista todo aquel que tiene algo que dejar a sus familiares. Transcurren así dos décadas, libres del fantasma de la guerra. La mujer se ha emancipado totalmente, las costumbres son más libres, y las estrellas cinematográficas ocupan el lugar más encumbrado de una sociedad que avanza vertiginosamente por los caminos de la técnica. En los primeros años 40, la autora nos habla de artistas que pertenecen ahora casi a una prehistoria del cine: Ginger Rogers, Fred Astaire, Greta Garbo, lo que demuestra lo arriesgado que es para un novelista el referirse a hechos de demasiada actualidad.

Durante la Segunda Gran Guerra, Londres permanece en tinieblas, sus habitantes ocupan refugios antiaéreos, y Agatha Christie sigue escribiendo para ellos. Sus historias reflejan otra vez un clima general de indecisión y miedo, y el enemigo vuelve a tenerse en cuenta. El fantasma de la bomba atómica deja su impacto de sangre en la humanidad, pero esta misma humanidad parece respirar entonces con alivio.

Los tiempos cambian, y por primera vez en una de estas novelas se nos hace referencia a que la víctima «era doncella». Se habla de crímenes sexuales, y los temas de Mrs. Christie se vuelven «audaces». Los maridos pasan la noche con sus amantes, las parejas se besan en público apasionadamente. Las protagonistas son ahora bellísimas mujeres de fama internacional, ante las que se rinden hombres multimillonarios. Las modas han cambiado también, con largas melenas lisas que ocultan parte de la cara, los tacones han aumentado en diez centímetros, y las faldas ceñidas marcan provocativamente las curvas. A ello contribuyen no poco los estrechos jerseys.

Hacia finales de los 40 se introduce el tema de la droga; los personajes beben whisky «a gogo». Ya está de moda el bikini y las mujeres tornan el sol desnudas de cintura para arriba.

El tema del servicio doméstico y de su escasez es un «leitmotiv» en estos relatos, reflejando quizá una obsesión de la autora, que deja traslucir en sus personajes, desde la más sencilla ama de casa al más encumbrado político. Los antiguos y fieles sirvientes han sido sustituidos en los primeros años 30 por asistentes que trabajan por horas, y ello parece constituir una verdadera tragedia. *«Es poco menos que imposible hallar un jardinero eficiente...»* (57).

Vemos más tarde mencionados los primeros platillos volantes (OVNI), los alimentos congelados, y en las casas el horno de la cocina está provisto de un regulador de la temperatura, *«una especie de cerebro electrónico»*. (62)

Se introduce la televisión, el uso del bolígrafo, y las modernas teorías psicológicas revolucionan los antiguos conceptos.

Ya en los años 60 se nos habla de los «Teddy Boys», y de los últimos inventos de que tiene noticia la autora: aviones a reacción, lavadoras, frigoríficos, exprimidores... Se consume el pescado congelado, y los supermercados están de moda, cosa que no parece agrandar a Agatha Christie. Las cortinas de nylon sustituyen a las de encaje de Nottingham, y la gente no almuerza en el comedor, sino en la cocina...

La tecnología lo inunda todo ahora, desaparecen formas clásicas de industria y de comercio; la vida familiar se ve truncada, los jóvenes se van de sus casas y surgen innumerables conjuntos musicales, con sus músicas trepidantes, mientras legiones de muchachos recorren el mundo de un extremo a otro, buscando la

liberación y cayendo en las redes implacables de la miseria y la muerte. Se dejan crecer los cabellos, y reniegan de una civilización que les han legado los adultos. El cerebro electrónico ha llegado a dominar a su creador, el hombre.

Incluso Miss Marple trata de ponerse al día; su curiosidad la lleva a consultar libros sobre temas sexuales aunque, según ella confiesa, ha conocido sin moverse de su pueblo «*violaciones, incestos, perversiones de todas clases... de las cuales no tenían noticia ni siquiera los cultos hombres de Oxford, que se dedicaban exclusivamente a escribir libros*». (69)

Submarinos atómicos, informática, cabellos a lo «beatle»... los periódicos publican continuamente reportajes sobre delincuencia juvenil, plaga de la época. Muchas personas desequilibradas andan sueltas, «*por estar completas las plazas en las casas de salud*». Estamos en la era de los antibióticos, y los supermercados siguen atormentando el sentido tradicional de la novelista: Y «*Hay que andar de un sitio para otro empujando un carrito de alambre, comprando artículos que no quieres comprar...*» (75) Se han descubierto los trasplantes de corazón, y está a la última la píldora «anti-baby». La autora se refiere a las enfermedades de Mao, a las luchas del Vietnam, al conflicto árabe-israelí... «*Nadie había abusado de una menor en el transcurso de las últimas horas. Esto constituía una sorpresa*» y, por si fuera poco, «*para colmo de males, han hecho su aparición las computadoras...*» (75)

La novelista está cansada; contempla el mundo con mirada serena, doliéndose, pero aceptándolo: al fin y al cabo, nunca dejará de ser una mujer abierta a cuanto la rodea. Su cuerpo no responde como antes y, según ella misma, su memoria empieza a jugarle malas pasadas. Sus personajes reflejan el cansancio, los años tampoco pasan en balde para ellos. Sobre el crimen y el asesinato se cierne una suerte de fatídica serenidad.

LOS TIPOS Y LA MODA. -Agatha Christie tuvo siempre buen cuidado de proporcionarnos puntuales detalles acerca del aspecto físico de sus personajes, así como de las modas y de la decoración del hogar. Sobre todo en su primera época, abundan en sus libros las descripciones físicas minuciosas: bellos ojos azules, cabellos rojizos, muchachas esbeltas, caballeros rubios, altos y elegantes, como si todos los personajes hubieran pertenecido a una nobleza de opereta. En ocasiones resultan trasnochados por demás, y también por demás ingenuos. La época victoriana parece prolongarse indefinidamente: las damas llevan sombreros de plumas, las señoritas ricitos dorados y siempre un encantador sombrerito, a ser posible de color rojo, que les cubre la oreja.

Es evidente la preferencia de Mrs. Christie por unos mismos escenarios, y por muy semejantes personajes: viejas solteras y sus amigas, coroneles retirados, doncellas y asistentes, costureras, enfermeras, sobrinas y cuñadas de la víctima. Entre los escenarios predomina la casa victoriana enclavada en el centro de un jardín más o menos frondoso y cuidado, cerca de la ciudad o de un pequeño pueblo de las cercanías de Londres, con sus chismes entre comadres, su médico, y el correspondiente hotel de camareras.

Con el transcurso de los años, la autora comienza a criticar severamente el aspecto y la vestimenta de las jóvenes generaciones: «*Los muchachos se dejan crecer el pelo... Beatles, existencialistas, gamberros.*» Está de moda entre las damas el uso de peluca, hace años que ha terminado la segunda conflagración mundial: «*Está usted hablando de la guerra, y la guerra hace muchos años que terminó...*» (71) Minifaldas, vestidos-culotte... es la moda de los tiempos que corren. Estamos en los años 70, y la autora cuenta ya los 79 de su edad.

LOS VIAJES. -No era corriente, en los años de juventud de Agatha Clarissa Miller, que una jovencita viajara más allá de las fronteras de su propio país. Sabemos que ella sí lo hizo: la familia disfrutaba de un relativo desahogo económico y la muchacha conocía, como se ha dicho ya, la Riviera, había vivido en El Cairo y visitado algunas islas del Mediterráneo. Conoció luego, como también sabemos, África del Sur, Oceanía y América, y además el Oriente Medio. Todos estos viajes los vemos reflejados en sus novelas a lo largo de su vida.

De su viaje a África del Sur con el coronel Christie extrae el material para «El hombre del traje color castaño» (4); el libro, más que una historia policíaca, es un relato de aventuras. Más adelante, avanzados ya los años 30, hay una novela cuya acción transcurre en Mesopotamia, teniendo por escenario la casa que ocupa

una expedición arqueológica. La autora describe aquí un ambiente que conoce muy bien, lo que produce una cierta lentitud en el relato. Hay una larga descripción de casa y anejos, así como de la labor de los arqueólogos.

Más tarde utiliza su conocimiento de Egipto en la actualidad (30), y volviendo atrás en el tiempo nos hace vivir las riberas del Nilo en tiempos antiguos, hacia el año 2000 antes de nuestra era, en una historia llena de encanto mágico, y para la cual tuvo que documentarse extensamente (45).

Compartimos también en sus libros el ambiente de la Riviera, visitamos la isla de Ajaccio, así como una bella isla española del Mediterráneo... y ya en los años 60 acompañamos a la Srta. Marple en unas vacaciones transcurridas en una isla del Caribe. Mrs. Christie menciona repetidamente a España, e incluso hace alusión en términos elogiosos a nuestra santa nacional, Teresa de Ávila.

LA GASTRONOMÍA. -Cualquiera que haya tratado de ahondar en la personalidad de Mrs. Christie, sabe que una de las grandes debilidades de su vida fue la buena mesa. Agatha Christie fue, sobre todo en los años de su madurez, una mujer de grandes proporciones físicas; es indudable que nunca hizo ascos a una buena comida. Los menús de aquel tiempo estaban compuestos por varios platos, a los que seguían dulces y postres de cocina. Hay en sus libros desayunos verdaderamente suculentos, y advertimos una avidez especial de los protagonistas por los platos exquisitos: «*Omelette aux champignons, Blanquette de veau, Petits pois à la France, y... para terminar, Baba au Rhum*» (29). O bien «*Consomé, lenguado a la parrilla, costillas de cordero con guisantes y fresa con nata*» (50). «*Habían cenado lenguado Verónica, seguido de Escalope de ternera a la Milanesa, que precedieron a Poire flambée. Bebieron Pouilly Fouisse, luego Corton... Poirot, que no gustaba del Oporto, bebía una copita de crema de cacao...*»

Los personajes se sirven continuamente tazas de té o café, lo que con probabilidad haría la autora para ayudarse en su duro trabajo. Tampoco se desprecian las excelencias de las antiguas tisanas hechas con hierbas: té de amargón, frutos del escaramujo...

Con los años, la novelista perdió la ligereza de talle que muestran las fotos de su juventud. Ella misma confiesa que ganó más de diez kilos durante la Segunda Guerra, a causa de las muchas patatas que había comido. Mientras escribía sus novelas se veía a menudo impelida a comer y, para limitar de algún modo la ingestión de calorías, consumía enormes cantidades de manzanas. En algunas revistas aparece, siendo ya casi una anciana, manejando cazuelas en una bonita cocina, mientras la ayuda en su quehacer su sonriente y bonachón segundo marido, Max Mallowan. Las fotografías nos muestran la típica imagen de una familia bien avenida, donde los placeres de la buena mesa no son ajenos.

EL TEMA AUTOBIOGRÁFICO, cómo no, es una constante en estas novelas. El escritor es un ser reservado, y su ocupación absorbente, por otra parte, lo priva del cultivo de amistades asiduas. Se encuentra solo, con sus personajes, y tiene necesidad de sincerarse. Como todo ser humano, y aún con mayor motivo, necesita manifestar sus preferencias, sus ideas y sus miedos. Por mucho que trate de ocultarse tras la voz del narrador, son sus propias vísceras las que dan forma al relato. Desde el más encumbrado poeta al más ínfimo cultivador de la subliteratura de kiosco, todo escritor va trazando en sus personajes un retrato de sí mismo, y ello a veces de forma totalmente involuntaria. Los personajes son como hijos suyos, mucho más que hijos: son trozos de él, y de su sensibilidad. Ven lo que el autor ve, sienten lo que él siente, son como los negativos de su personalidad. Y Agatha Christie, como todos, tiene que valerse de vehículos tan opuestos como Poirot o la Srta. Marple, para decirnos lo que piensa. No en vano el conjunto de la obra de un escritor es su propia y minuciosa biografía. Ella hace alarde de sus conocimientos sobre ópera (12), nos cuenta sus preferencias en literatura (22), y usa de su experiencia en el «bridge» en forma que a los no iniciados puede parecer excesiva (26). Se muestra documentada acerca de los cultivos de bacterias, y sobre el origen histórico de ciertas joyas.

En una de sus novelas, una mujer con su hija pequeña va a ser abandonada por el padre por causa de una muchacha joven y hermosa (41). Vemos por otra parte hechos criminales de la vida real, como si Mrs. Christie los hubiera leído en la prensa recientemente. Incluso hay cuestiones de poco interés que rozan la exposición autobiográfica (el ordenamiento de una estantería llena de libros, por ejemplo) A veces una gran cantidad de detalles domésticos llegan a hacer la lectura morosa, como cuando se nos obliga a seguir paso a

paso las actitudes y habilidades de un perro (78). Se rememoran lecturas policíacas como «El cuarto amarillo» (68), y otras veces la autora utiliza recuerdos de su propia niñez: un caballo de juguete, el «Truelove», o coche de caballos con pedales... En «Némesis» (76) llega a darnos un curso de jardinería, iniciándonos así en una de sus aficiones predilectas.

ESPIRITISMO Y PARAPSIKOLOGÍA. -Muchas de estas historias, sobre todo relatos cortos de la primera época, se refieren al tema de la parapsicología y el espiritismo, por los cuales Agatha Christie sintió una clara inclinación a lo largo de toda su carrera literaria (54). Parece conocer a fondo las sesiones espiritistas (12); en «El misterioso Mr. Quin» ocupa el tema un lugar importante, aunque los desenlaces carezcan a veces de sentido sobrenatural: *«El inspector movió la cabeza con ademanes negativos. El espiritismo no le había convencido nunca. Todo lo más, podía creer en una casual coincidencia»* (14).

En una novela de la Srta. Marple, la anciana dice: *«Hay que considerar los hechos y descartar toda esa atmósfera de deidades paganas, que no me resulta agradable»* (16). Hay, por el contrario, un caso de premonición que no encaja en absoluto en la teoría de Mrs. Christie (34). Ya en los años 60, la autora incluye en uno de sus libros el «vudú» y la brujería, en los que se ha documentado con amplitud (66). Sin embargo, ella no parece conforme con la teoría de atribuir a una tara mental una tendencia criminal, y así lo expresa repetidamente.

En cuanto a **IDEAS POLÍTICAS**, Agatha Christie era, como buena británica clásica, conservadora; en sus novelas de guerra se advierte una reserva absoluta frente al enemigo. En las primeras, escritas en los años 20, se percibe todavía la presencia de un reciente conflicto mundial: Los alemanes son como el «malo» del cuento, y si aparece uno que no lo es tanto, seguramente se deba a que no es realmente alemán, sino algún inglés disfrazado. No obstante, siente cariño y compasión por los pequeños, de cualquier nacionalidad que sean. Otro grupo político que suscita su horror es el de los comunistas: parecen seres venidos del mismo infierno; las nociones sobre «comunismo», «alemanes», etc., nos resultan hoy por demás simplistas (2). Son curiosas sus observaciones de tinte político: *«En aquellos momentos, siendo un liberal independiente, se convirtió en rojo socialista.»* Y las apreciaciones burguesas de algunos personajes: *«Debía considerarse un joven afortunado: era de excelente cuna, gozaba de buena salud...»* (21) Intrigas internacionales, en forma marcadamente infantil, se dan cita en algunas historias, resultando de una ingenuidad un tanto cómica.

Después de veinte años, la segunda guerra mundial hace volver a la autora a este tipo de relatos; a veces los motivos políticos se hacen incomprensibles, y en algunos momentos parecen verdaderos galimatías.

Seguimos hallando curiosos comentarios: *«Ya sabes, los comunistas son muy crueles. Es parte de sus creencias el no detenerse ante nada...»* (53).

En largas disquisiciones se barajan el tipo del fascista, del idealista utópico que fía en la fraternidad universal, etc. No obstante, el enfoque dado a la mentalidad totalitaria y seudoreligiosa, ante la cual se inclinan las frentes aparentemente más dotadas, con un fervor idólatra, es obvio que se da en la realidad y en todos los tiempos, aunque ello pueda parecer increíble (59).

La autora está apegada a las tradiciones inglesas, se duele de su desaparición y las añora, como nos demuestra en novelas como «En el hotel Bertram». Aún así, la tesis de este libro revela que es ocioso el querer retener contra viento y marea antiguos ambientes y costumbres.

LA RELIGIÓN. -Agatha Christie pertenecía a una familia de costumbres ordenadas, pero sin raíces religiosas demasiado profundas, y ello se refleja en su obra. Es una persona transigente, y evita en todo momento el espinoso tema. Su propio detective, Poirot, es un «ferviente católico» según propia confesión, pero no lo vemos nunca asistir a un acto de culto. En realidad, la escritora era una mujer liberal en cuestiones religiosas, no demasiado obsesionada por ellas. Creía en Dios y confiaba en la Providencia, pero no nos la figuramos demasiado rezadora. La moralidad y el respeto a los demás ocupaban un lugar prominente en su vida. *« Yo... creo en la religión, no como mamá, sino como en una cosa histórica»*, pone en boca de un personaje femenino (24).

III RECURSOS DE LA PROFESIÓN

TRUCOS Y FORMAS DE DETECCIÓN. -Si se tiene en cuenta la enorme producción de esta autora, y la variedad de sus tramas (aún en el supuesto de que algunas historias coincidan en alguno de sus elementos), no es difícil suponer la ingente tarea, y el esfuerzo por procurarse nuevos recursos, falsas pistas, circunstancias que confundan al lector sin recordarle otras anteriores, y sin permitirle dar con la solución antes de lo que sería deseable. ¿Cómo se las arreglará el detective para desvelar docenas, e incluso cientos de hechos delictivos, y esto sin repetirse una y otra vez? ¿Dónde podrá encontrar la autora un tal acervo de elementos novelescos y de investigación policíaca? Sin duda, una de sus principales canteras sería la de novelas anteriormente publicadas por maestros en el género, siempre usando de la suficiente habilidad como para hacer parecer nuevas antiguas situaciones. Otra fuente de inspiración serían hechos delictivos sucedidos en la realidad, y sistemas utilizados por la policía. Sin embargo, éstos no se basan nunca en el uso de artilugios extraños, de que habían abusado novelistas anteriores, y que otros más modernos utilizarían también.

Las normas de detección de Mrs. Christie serán por lo común las *psicológicas*, y sus medios serán con frecuencia la sorpresa o el análisis de la personalidad del criminal. La base de sus investigaciones es el estudio de la naturaleza y de la mentalidad humana. El sistema varía dentro de cada personaje, y así Poirot es eminentemente cerebral, en tanto que Miss Marple se fija más en las oscuras pasiones del hombre y las debilidades de su corazón. En cuanto al matrimonio Beresford, sus recursos rozan a menudo la aventura, y no pocas veces se apoyan en la suerte o el azar. No es habitual en estas novelas un hecho como el sucedido en «El misterio de Sans Souci» (39), cuando Tony Beresford, por causa de un accidente fortuito, va a dar con el pie en el dispositivo que abre una cámara secreta. La no repetición de estas circunstancias dice mucho a favor de la autora.

Es sabido, y Agatha Christie lo da a suponer por boca de alguno de sus personajes, que en su primera época sus conocimientos sobre la actuación policial eran escasos. Más tarde trató de imponerse en ellos, « *cubriendo una gran laguna*». Tampoco es corriente hallar en estos libros descripciones sobre el transcurso de un juicio, aunque haya alguna excepción («Un triste ciprés»).

Varias veces menciona en sus obras la existencia de «Bibliotecas sobre temas de criminología» y es de suponer que ella misma fuera dueña de una, y que tratara de ampliarla en lo posible, reuniendo el mayor número de volúmenes que estuvieran a su alcance. En cuanto a los que fueran imposibles de hallar en el mercado, siempre le quedaba el recurso de consultarlos en las magníficas bibliotecas públicas londinenses. Esto, junto con su prolífica imaginación, le proporcionaría los elementos necesarios para la trama de sus novelas. Hay que pensar que estudiaría asimismo los delitos reales que publicaban los periódicos, componiendo así un catálogo completo de datos y trucos, que luego aderezaría con sus atractivos ambientes, detalles domésticos de todo tipo y variados personajes.

Ya en el año 1926, hace referencia al detector de mentiras, y al uso del dictáfono (7). En la novela «Navidades trágicas» se habla del hecho de cerrar o abrir una llave con pinzas desde fuera (lo que denota la mano de un especialista, como es el policía que resulta culpable). Más tarde, una anciana asesina ha aprendido el truco en las novelas policíacas (35).

Hay que aguardar hasta los años 40 para que se nos haga notar la identificación de un arma por medio de las estrías. «*La gente lo conoce, gracias a la multitud de novelas policíacas que se escriben.*» Hacía muchos años que el sistema era corriente en cualquier investigación de carácter criminal.

En «Destino desconocido» (59) la autora enumera como sistemas de detección las huellas de una mano en pintura fluorescente, así como un detector Geiger que localiza una pitillera de plomo, que a su vez emite radiaciones.

FALSAS PISTAS. -Agatha Christie es uno de los autores policíacos más prolíficos en este campo. Se complace suministrándonos continuamente pistas falsas, en las que es maestra. Son los «escalones» en que tropieza el lector, más o menos avisado. El estado psicológico de éste es el de una atención continua, no pudiendo perder una sola línea del relato; (otro tipo de novelas son susceptibles de que puedan ser eliminados párrafos e incluso páginas enteras, pero aquí no hay que prescindir siquiera de un punto o una coma). La historia policíaca es un reto, una lucha de inteligencias entre el autor y el lector, y en cualquier momento aquél puede dejar deslizarse un dato aparentemente nimio, pero vital para el esclarecimiento del misterio. Por eso el lector no baja nunca la guardia, se mantiene en una tensión vigilante, acechando en cada renglón un gesto, una palabra, un dato arteramente escondido. De ello se aprovecha el novelista policíaco, tendiendo falsas pistas, palabras o gestos que tienen un doble sentido, y nos confunden. A veces todas las circunstancias acusan a un personaje, y entonces desconfiamos. O al contrario, otro parece libre de sospechas y pensamos en él como culpable. Pero es posible que el arma resulte de dos filos, y el novelista sepa de antemano lo que nosotros vamos a pensar. El autor juega siempre con nosotros: es posible que al final aquella persona resulte ser culpable, o bien que no lo sea; en esto consiste el juego.

Advertimos que una mujer puede mostrarse extremadamente cansada, pero nunca será por el motivo que aparece a primera vista, sino por uno muy distinto que se nos oculta. Del mismo modo habrá personajes altamente sospechosos, que resulten inocuos, y con insinuaciones encubiertas se nos hará sospechar de todo el mundo.

En «Muerte en las nubes», por ejemplo, se ofrecen pistas falsas muy sutiles, tales como la flauta que lleva el doctor, y con la cual puede haber disparado una flecha, utilizándola como cerbatana; el lector que se las da de avisado sospecha del médico, de su flauta y del hecho de haberse inclinado sobre la muerta. Pronto veremos que todos los viajeros llevan en sus equipajes un número sorprendente de objetos también sospechosos: boquillas, plumas estilográficas, etc.

Hay una cierta forma artera del narrador para hacer recaer las sospechas en algún personaje: «*La mano izquierda de Anne se crispó sobre el brazo de mimbre del sillón.*» Se usa el truco de hablar con alguien que no existe, o se utiliza en sentido contrario: en realidad, la víctima estaba viva todavía.

En «Matar es fácil», el lector puede darse cuenta desde un principio de que la Srta. Pinkerton no se había referido concretamente a un hombre al hablar de la «mirada del asesino». El asesino era una mujer.

No contando con el «lugar cerrado» característico de estas historias, la autora demuestra que también es posible, en un lugar público, limitar el número de los sospechosos gracias a alguna circunstancia: en «El templete de Nasse House, por ejemplo, la muchacha no hubiera abierto la puerta a un desconocido.

«Navidades trágicas» es una de las pocas novelas de la autora en que el criminal resulta ser el policía. Ciertamente, ese desenlace no resulta nunca demasiado convincente.

TRAMAS PARALELAS. -No pocas veces se ha pronosticado la inminente muerte del género policíaco, y de haber seguido como en sus comienzos es lo cierto que pronto se habrían agotado los recursos. Pero Agatha Christie encuentra un medio para insuflar nueva vida a sus historias: se trata del uso de tramas paralelas.

En sus novelas hay siempre un asesinato, y éste, a ser posible, debe ir relacionado con otros, que son como su preparación o su consecuencia. Todos forman un bloque compacto y sin resquicios: se trata de la trama principal, más o menos complicada, donde juegan una serie de personajes en mayor o menor número. Ello es imprescindible para que exista una verdadera novela policíaca (Es diferente el relato corto, que puede basarse en un delito menor, un robo o un rapto, por ejemplo). Pero lo que distingue a estas obras de otras anteriores, más sencillas y menos sofisticadas, es que aquí la trama principal no suele estar sola. Junto al caso de asesinato, que sirve de base, se manejan otros hechos sin ninguna relación con el principal, pero entrelazándose con él. Aquí si entran en juego sucesos menores, como robos, ocultamientos de personalidad, o chantajes. Los personajes que protagonizan estas tramas secundarias se mezclan con los principales en forma casual, viven su propia vida, aunque habiten los mismos lugares e incluso, por razones de casualidad, se vean involucrados e incluso resulten principales sospechosos en el hecho principal. La fatalidad los ha llevado al

escenario del crimen, y se han visto apesados por una serie de circunstancias que los acusan, sin que ellos, por una u otra causa, casi siempre de carácter delictivo, puedan defenderse. Con el asesinato de ancianas puede cruzarse el chantajista ajeno al caso, o la ladronzuela que proyectaba robar a la víctima y que se encuentra con que ésta ha sido asesinada. Son jugarretas que gasta la vida.

Ya en los primeros años 30, en su obra «El Misterio de Sittafford», la autora emplea un claro ejemplo de lo dicho: hay aquí dos tramas que se entrelazan, confundiendo al lector con falsas pistas: la secundaria aquí es la fuga del marido de Mrs. Willwett, y padre de su hija. Más adelante, en «Un triste ciprés» se repite el sistema. Existen falsos indicios, suministrados por una trama paralela. Pero no hay que pasarse de listo pensando, por ejemplo, en la novelista Ariadne Oliver como en una posible sospechosa.

En «Poirot en Egipto» el detective acorrala a un personaje y casi lo acusa, aunque luego resulta que es tan sólo el protagonista de unos hechos ajenos a la historia principal. También en «El caso de los anónimos» se juega con el lector hasta las últimas páginas; se usan una serie de tramas secundarias, a fin de desorientarlo. Se haría demasiado larga la relación de casos semejantes; baste decir que en la novela «En el hotel Bertram» hallamos uno característico: una organización criminal que actúa desde el hotel, y por otra parte una historia particular y humana.

Tiene un importante lugar en las novelas que nos ocupan la resolución de HECHOS PRETÉRITOS, sobre los que el tiempo parecía haber corrido un espeso cortinaje de olvido. Ello no es exclusivo de la ficción, y tanto la vida real como la historia de la criminología, nos hablan continuamente de los casos cerrados, que se creían resueltos y ha habido que resucitar al cabo de los años, porque alguna importante y nueva circunstancia así lo requería: hombres condenados por asesinato que luego resultaron inocentes, cuando el verdadero culpable en su lecho de muerte, o sorprendido en un nuevo delito, confesó su culpabilidad en el hecho ya erróneamente juzgado. Algunos casos pudieron remediarse, en otros la muerte a manos de la sociedad de un ser inocente sirvió de imperecedero baldón a esa misma sociedad. Otras veces, crímenes escondidos durante muchos años, y que nadie sospechaba siquiera, salieron a la luz por diversas circunstancias. Es el caso de los asesinos múltiples quienes, incluso ostentando una morbosa complacencia, una vez que se han visto perdidos confiesan una serie impensable de crímenes. Inundaciones y desbordamientos de los grandes ríos han dejado al descubierto multitud de cadáveres cuya existencia se ignoraba. ¿Cuántos suicidios, cuántos accidentes no habrán sido tales, sino asesinatos? ¿Cuántos culpables no convivirán en sociedad, confiados y tranquilos, pasando por honrados comerciantes, o por familiares intachables? La historia de la criminalidad está llena de casos como éstos, que no son exclusivos de las novelas. Muchos datos nuevos son aportados por la casualidad, y obligan a los jueces a revisar expedientes antiguos.

En las circunstancias antedichas se basa Agatha Christie para desenterrar estremecedoras historias de crímenes y de criminales. En ocasiones se trata de un inocente que cumple condena, que está recluso en un reformatorio o en un manicomio. Estos relatos resultan doblemente electrizantes, ya que juegan con un elemento mágico como es el pasado. Ampliando, por otra parte, la dificultad que tiene el detective para descubrir los hechos, ya que los años han borrado huellas y han suprimido en parte a los testigos.

En «Un triste ciprés» se presentan los hechos en forma retrospectiva, cuando una muchacha está siendo juzgada por asesinato. El recurso se usa nuevamente en «El caso de los anónimos», así como en «Cinco cerditos», «Cianuro espumoso», y en «Inocencia trágica».

En «La puerta del destino», última obra de la autora, Tommy y Tuppence Beresford abordan por primera vez la resolución de un crimen pretérito, cosa que ya habían hecho los otros detectives de Mrs. Christie, Poirot y su amiga Ariadne Oliver, y también la Srta. Marple. Ésta lo llevó a cabo anteriormente en «Némesis», y volverá a hacerlo en la novela póstuma de la autora, «Un crimen dormido».

RELACIONES ENTRE LAS HISTORIAS .-Aunque una novela sea independiente de todas las demás, no sólo el detective sirve de conexión entre unas y otras: la obra de un autor forma un todo y las novelas son

vasos comunicantes por donde transcurren hechos y personajes en mayor o menor grado. Es una tentación para el escritor el volver a recordar sucesos antiguos que aparecieron en libros anteriores, y circunstancias ya conocidas. Esto es una constante en la obra de Mrs. Christie. En «Poirot en Egipto» se hace alusión a una anécdota contenida en «Asesinato en el Orient Express»; también en «El espejo se rajó de parte a parte» se recuerdan elementos de «Un cadáver en la biblioteca», y se advierte el cambio sufrido por el pueblecito de St. Mary Mead, tanto en sus gentes como en sus lugares.

Hay una especie de añoranza en la autora por traer a la actualidad antiguos tipos y situaciones. En varias de sus novelas últimas hallamos un pequeño cementerio rural, anejo a la iglesia, con sus viejas lápidas y sus ramos de flores secas... ¿premonición, quizá?

En dos novelas consecutivas hay una anciana haciendo el papel de bruja, llevando en ambas un sombrero puntiagudo. En «Un crimen dormido» tropezamos con un hecho que ya conocimos en «El cuadro»: una anciana, recluida en un establecimiento, se dirige a la protagonista hablándole de «su pequeño», y de algo que hay escondido detrás de una chimenea. La anciana se está bebiendo también aquí un vaso de leche. Posiblemente, este párrafo hizo concebir a la autora la idea para una novela posterior, aunque publicada antes.

Es cosa habitual que Agatha Christie, tomando como punto de partida un relato corto ya aparecido, extraiga la intriga que luego desarrollará en una novela. La historia «Triángulo en Rodas» fue usada en «Maldad bajo el sol». Suceden estas acciones en sendas playas de la costa inglesa, y tienen numerosos puntos de contacto. Hay en ambas dos matrimonios, el marido burlado, la bellísima esposa, el joven guapo y enamorado que abandona a su mujer por otra... La solución de cada trama difiere, pero la similitud de personajes y ambientes es grande.

También el tema de «Iris amarillos» es aprovechado más tarde en «Cianuro espumoso»; «El segundo gong» es el embrión de un relato más largo, «El espejo del muerto», y asimismo el argumento de «La vieja guardiana» es desarrollado más extensamente en «Noche eterna».

En «Pleamares de la vida» no es la primera vez que Mrs. Christie utiliza el humo de un tren en forma de interrogación, para establecer la hora exacta de un suceso. Ya lo había hecho antes en la historia corta «El signo en el cielo».

CRÍMENES EN CADENA. -Un hecho delictivo de la importancia de un asesinato no puede ser fácilmente aislado. Hay una serie de fuerzas y motivos que actúan, a menudo a lo largo de muchos años, hasta el punto en que se desencadenan los sucesos. Por otra parte, en un hecho de carácter criminal, son muchas las concomitancias, las relaciones de circunstancias y personas. Sea porque existan testigos peligrosos, posibles chantajistas que traten de extraer un provecho de aquello que conocen, sea porque el asesino haya cometido errores que lo obliguen a matar de nuevo, o que su aparente éxito lo envalentone para cometer nuevos actos delictivos, es lo cierto que tanto en la realidad como en la ficción, los crímenes suelen venir encadenados. Llega un punto en que el criminal se asemeja a una fiera rabiosa, cuando los hilos de la ley se van tejiendo en torno, y entonces abandona toda prudencia, se lanza a la desesperada, queriendo ocultar el primer crimen con otros nuevos. Se verá inmerso en el torbellino del delito, que le hará terminar cayendo finalmente en manos de la justicia.

Hay otro tipo de asesino, calculador y frío, que no tendrá reparo en hacer preceder de otros su crimen principal, bien a manera de ensayo, o con la intención de crear un ambiente delictivo que le ayude a ocultar el hecho de verdadera importancia: ¿dónde ocultar un árbol mejor que en el bosque? Todo tipo de combinaciones pueden darse, y de hecho se dan, dentro de una mente desequilibrada.

Hay casos típicos de novelas así organizadas como «El misterio de la guía de ferrocarriles» (23), o «Tragedia en tres actos» (24), que en otro lugar son tratadas aquí.

No quiere decir que no pueda hallarse el asesinato aislado, pero ello no es lo corriente en estas historias: el asesino suele reincidir, antes o después, dando lugar a una indagación más compleja. En algunos libros el número de cadáveres es estremecedor, como en «Diez negritos» (33) o en «Matar es fácil» (35).

CANCIONES INFANTILES. -Hemos dicho que nuestra novelista policíaca fue una gran apegada a las costumbres y tradiciones de su país, y no existe mayor ni más entrañable tradición que la de

las canciones infantiles. Su niñez en Torquay tuvo que estar henchida de ellas. Su madre conocería a la perfección el folklore infantil inglés, y también las ayas o, «nurses» ocasionales que tuvo la chiquilla le enseñarían canciones que ella nunca olvidó. Estas tonadas influyeron en forma decisiva en su obra y en el desarrollo de sus tramas. Novelas largas, y también historias cortas, se basan en ellas, y pensamos que muchas veces el asesino las va tarareando entre dientes. Ello no obsta para que algunas soluciones sean rebuscadas, como en «Una canción por seis peniques», donde se resuelve el misterio gracias al nombre de un restaurante, «Los veinticinco mirlos». Los temas parecen un tanto llevados de los pelos, pero ni aún por ello la autora supo deshacerse de su influencia. «Cinco cerditos», «La muerte visita al dentista» o «Diez negritos» se basan en tonadas populares. Algunas tienen su equivalente en lengua castellana. Mientras tiernas madres arrullan a sus bebés con estas letras, en algún oscuro rincón, un tenebroso asesino está fundando sobre alguna de ellas la espantable sucesión de sus crímenes.

IV ESCENARIOS (¿Dónde?)

No en vano Agatha Christie ocupó durante el transcurso de su vida diversas residencias campestres, grandes casas victorianas rodeadas de jardín. También sus amistades habitaban otras semejantes, y ello se advierte en su quehacer literario. Las tramas aparecen a menudo enclavadas aquí. La vida inglesa, sobre todo a finales del siglo XIX y principios del XX, transcurría frecuentemente en estos lugares, no debiendo para eso ser las familias excesivamente ricas, y bastando con que pertenecieran a una clase media acomodada. La servidumbre era fácil de conseguir, se hallaban personas fieles que permanecían con la misma familia durante toda la vida, e incluso esta fidelidad pasaba de padres a hijos. Por todas partes existían buenos profesionales jardineros, y no era raro que en una casa emplearan a varios simultáneamente. Estas personas ocupaban con sus familias, bien alguna dependencia del edificio principal, o una casita retirada de la vivienda. Había grandes invernaderos en los jardines y la señora de la casa empleaba sus horas en el cuidado de las flores y las plantas.

He aquí una constante en las novelas de Agatha Christie, que no pudo olvidar nunca las circunstancias que rodearon su niñez y su juventud. La primera guerra mundial acabó con la mayor parte de los privilegios, que quedaron destinados a las familias realmente ricas. Hubo un gran desencanto en la clase media; en lugar de cinco jardineros, «sólo tres» trabajan en la casa ahora. Desaparecen las fieles niñeras, también las cocineras y las ayudantes de cocina, y hace su aparición la asistenta por horas. Todo ello causa una conmoción en personas como Agatha Christie, que lo refleja en sus novelas, en una suerte de amarga resignación por lo inevitable.

En 41 casos usa estos escenarios en novelas largas, lo que supone un 50 por ciento aproximadamente del total de la obra. Además, por 23 veces otras tantas historias cortas están ambientadas así. Claro está que las fincas y casas son siempre distintas, y que hay una serie de aspectos que las caracterizan. Mencionaremos algunos:

Fincas residenciales:

En Francia (3).

Cerca del mar, y del puerto de St. Loo (13).

Con un bosquecillo inquietante, y una fiesta de disfraces (16).

Cerca de la costa (41).

En unos acantilados rocosos (43).

Con una hermosa piscina (46).
 En pleno invierno, bloqueada por la nieve (51).
 Transformada en reformatorio (56).
 Con un templete, y un embarcadero sobre el río (61).
 Con un «granero alargado» y una urna funeraria (62).
 Situada en el «Campo del gitano» (72).
 Frente a un canal, y a la vía del ferrocarril (73).
 En tiempos pasados (77).
 Con un viejo invernadero y antiguos juguetes (78).
 En Styles, primer escenario de una de estas novelas. (Ahora se ha convertido en pensión) (80).
 En la costa Sur de Inglaterra (81).

En cuanto a la ciudad de Londres, Agatha Christie la visitó habitualmente, aunque no tuviera su residencia en ella. Sabemos que durante la segunda guerra escribió allí su novelas, y que más tarde con su marido Max Mallowan fue propietaria de un piso en Chelsea. Hallamos pisos ubicados en la ciudad de Londres, en número de 44, y casi siempre en historias cortas, aunque también en largas. Estas son algunas de sus características:

El ambiente urbano:

La casa de un conde italiano (5).
 La casa de una «médium» (18).
 La casa de una familia venida a menos (21).
 La casa de un coleccionista de objetos raros (26).,
 La casa de un militar, con un gran cofre árabe (34).
 Una extraña casa, llena de bohardillas (50).
 Una casa durante la celebración de la Navidad (65).
 El piso de soltero de un inglés, con un arcón español (65).
 Un bloque de viviendas modernas (71).

Hay, además, diversos lugares londinenses reflejados en las tramas:

El camerino de un teatro (4).
 Una estación subterránea de «metro» (4).
 El restaurante Arlechino (12).
 El Covent Garden (12).
 Una tómbola benéfica (21).
 Un restaurante de lujo (34).
 La clínica de un dentista (37).
 Una fiesta en que se consumen drogas (47).
 Un museo (47).
 El cabaret «El infierno» (47).
 Un baile de máscaras (55).

También el *ambiente rural* es tratado aquí, con personajes inolvidables. La escritora conoce el pequeño pueblecito, con sus reuniones parroquiales, el cotilleo entre vecinas, y dibuja estereotipos que repetirá una y otra vez en sus libros, tanto en novelas largas como en historias cortas. Destaca el pueblo de St. Mary Mead, residencia de Miss Marple.

Hay una característica en muchos de los escenarios de Mrs. Christie: gran parte de ellos son «lugares cerrados», donde los actores del drama se hallan en cierto modo reclusos, sin poder salir y sin que nuevos

personajes puedan acceder. Así, el número de los sospechosos queda delimitado.

Como, por otra parte, no dejó nunca de emprender nuevos viajes, conoció toda clase de *medios de transporte*, y las circunstancias que en ellos concurrían. Luego pudo utilizarlos para ubicar la acción de sus novelas, como ideales «lugares cerrados». En un principio se trataba casi tan sólo de barcos de viajeros, en los que ella misma había hecho su recorrido alrededor del mundo. No tiene que realizar un gran esfuerzo para describir a la tripulación y a los pasajeros, las largas horas a bordo y relaciones que llevan consigo, las aburridas conversaciones y la compensación indudable de las buenas comidas.

Barcos:

- Un barco que naufraga en el Atlántico (2).
- El buque Olympia que hace el trayecto a Nueva York (5).
- Un pequeño barco turístico de excursión por el Nilo (20).
- Un barco que recorre el Nilo (28).
- Un barco de pasajeros que hace escala en Alejandría (34).

Conoce también los lujosos trenes que atraviesan Europa, llevando a gentes adineradas que pasan el invierno en las playas templadas del Mediterráneo. El Tren Azul es uno de ellos. Y más allá del ámbito europeo, ha viajado en el Simplon Orient Express.

Trenes:

- El «Tren azul», que hace el recorrido Londres-La Riviera (9).
- El «Simplon Orient Express», Estambul-Calais (19).
- Un tren con destino a Suiza (20).
- Un tren que pasa sobre el mar, cerca de Venecia (20).
- Un tren Londres-París, donde viajan colegialas (47).
- Un tren en Inglaterra (49).

En Oriente Medio se ha visto obligada a utilizar los renqueantes autobuses que atraviesan el desierto. Todo lo observa, de todo saca partido, y nos irá mostrando una serie de lugares insólitos:

Autobuses:

- Un autobús, en viaje por Inglaterra (18).
- Un coche Pullmann que atraviesa el desierto (20).
- Una excursión arqueológica (20).
- Una excursión que visita los más bellos «Parques y Jardines» de Inglaterra (76).

Con la aparición del aeroplano como medio común de transporte, Agatha Christie utiliza allá por los años 30 uno de ellos, para desarrollar una de sus misteriosas tramas. Es el avión-correo Prometheus, que hace el trayecto Londres-París con unos pocos pasajeros. Se puede suponer la incomodidad de aquellos primeros aparatos.

Aviones:

- Un avión-correo, el «Prometheus» (25).
- Un avión con destino a Bagdad (53).

La autora había saludado gozosamente la aparición de los primeros automóviles, que conoció en París, y a lo largo de su vida los condujo y los utilizó, tanto en la vida real como en sus novelas, donde la escritora

Ariadne Oliver se lamenta de la estrechez de estos vehículos, teniendo en cuenta que, al igual que su creadora, es una mujer de grandes dimensiones. No es fácil para ella entrar en un pequeño coche, y tampoco lo es acomodarse dentro ni salir, sobre todo cuando el automóvil se ha convertido en un pequeño utilitario.

Las tramas de estas novelas, como de sobra sabemos, no se circunscriben a la ciudad de Londres y a sus alrededores, y ni siquiera a las islas Británicas y a Europa. En Europa habíamos visitado París, también Suiza repetidas veces, e incluso insólitos Estados que ocupaban una legendaria Europa Central. El detective principal tiene la nacionalidad belga. Vamos conociendo diversos lugares del Mediodía de Francia, otros ubicados en el Mediterráneo o en Marruecos, y la autora nos lleva con ella al Egipto misterioso, y nos introduce en las tierras bíblicas de Ur entre el Tigris y el Eúfrates.

Las ciudades de África del Sur la tentaron a la hora de proyectar *escenarios insólitos*; en las cercanías de las montañas del Atlas sabemos de potentados árabes que proyectan el dominio del mundo. Conocemos el hermoso Nilo y sus barcos de recreo, donde se tejen sangrientas maniobras y se cometen oscuros asesinatos. Más tarde Mesopotamia, con sus aldeas perdidas y sus campamentos de arqueólogos, donde también bullen pasiones inconfesables.

Hay en estas novelas personajes que se trasladan continuamente de la metrópoli a la India, a Australia o a las colonias de África. El inglés es por entonces un gran viajero, y nosotros con él. Ello presta una gran autonomía al delincuente, que halla siempre la posibilidad de poner un océano de por medio, y se presta a toda clase de subterfugios entre los cuales no son los menos importantes las suplantaciones de personalidad. Incluso uno de los personajes principales, Hastings, el amigo y compañero de Poirot, contrae matrimonio y traslada su residencia a La Argentina. Hallamos así todo un conjunto de escenarios insólitos:

Varias ciudades de África del Sur (2).

El lugar de las excavaciones de una tumba egipcia (5).

Nuevamente África del Sur (6).

Diversos lugares de Europa (8).

Villa Margarita en La Riviera (9).

Visita al Canadá (12).

Un casino en Montecarlo (12).

Una isla española en el Mediterráneo, con acantilados y buganvillas (12).

Una aldea perdida en Ajaccio, Córcega (12).

Una casa en Chiraz (20).

Una expedición arqueológica en Mesopotamia, y la casa que ocupan sus componentes (27)

Un hotel de verano en la playa, en la isla de Rodas (28).

Egipto (30).

Mesopotamia, y el antiguo poblado de Petra (32).

Tebas, en Egipto, hacia el año 2000 antes de J. C. (45).

La ciudad de Bagdad, y cerca un campamento de arqueólogos (53).

Varios lugares exóticos del Norte de África. Un hospital leprosería cerca de las montañas del Atlas (59).

Un extraño castillo en el corazón de Europa (75).

Era costumbre en las familias acomodadas de primeros del siglo XX el visitar balnearios y lugares de reposo. Las playas del sur, como ha seguido sucediendo, acogen a una multitud variopinta, en la que abundan los delincuentes. Entre gentes adineradas bullen cazadores de dotes, mujeres bellísimas que no son lo que aparentan, y personas desesperadas, que buscan salida a una situación angustiosa. Están las clínicas de reposo, los elegantes colegios-internado de señoritas, regidos por damas de la mejor sociedad. Hay también reformatorios donde médicos y psicólogos tratan de paliar las anomalías de ciertos cerebros juveniles. Todo ello da lugar a la autora para plantear sus «casos» más o menos misteriosos o inquietantes. Y existen pequeñas islas, que pueden ser compradas por los millonarios, y donde pueden llevarse a cabo orgías de placer, o de sangre.

Hoteles y lugares públicos:

Un hotel en los Alpes (8).

Un albergue en la playa de Dartmoor (16).

Un balneario, durante la Navidad (14).

Un hotel en la localidad de Delfos (20).

Una siniestra casa de salud llamada «La Granja» (22).

Una clínica de enfermos mentales (24).

Un islote solitario, frente a la costa de Inglaterra (33).

Un hotel en Mallorca (34).

Un hotel en Dartmoor, en día de regatas (34).

Un hotel en Suiza, en la zona de las nieves eternas (47).

Un hotel en Merzoslovakia (47).

Un colegio femenino en Francia (47).

Un convento de monjas en las costas de Irlanda (47).

Una finca transformada en reformatorio (56).

Una residencia de estudiantes extranjeros en Londres (60).

Un elegante internado de señoritas en Inglaterra (64).

Un hotel de descanso en una isla del Caribe (69).

Un hotel clásico y anticuado en Londres, el «Bertram» (70).

Un asilo de ancianos (73).

Un aeropuerto (75).

Styles, una casa de campo que se ha convertido en pensión, y que fue escenario de la primera novela de la autora (80).

Todo este mundo de fantasía nos hace olvidar por unas horas el nuestro propio, a menudo demasiado monótono, doloroso o gris.

V

EL DETECTIVE

Desde su juventud Agatha Christie no se conformaba con leer simplemente, sino que se veía impelida a crear. Para llegar a ello tuvo que conocer a los mejores escritores en el género, y sabía que todos habían creado su propio detective. Es sabido que una novela policíaca, por lo general, no es importante en sí misma, sino por el lugar que ocupa dentro de una serie de parecidas características. Las acciones de cada una de estas novelas han de ser autónomas e independientes, pero hay elementos comunes a todas, y el principal es el detective. Edgar Allan Poe, el creador genial de la historia de intriga, tuvo el suyo a quien llamó Dupin; Sir Arthur Conan Doyle creó a Sherlock Holmes y a Watson, y también fueron detectives famosos de novela Arsenio Lupin, Rocambole, Nick Carter y otros. Hay entre ellos personajes inolvidables, como el P. Brown de Chesterton, y en tiempos más modernos el personaje de Simenon, Maigret. Agatha Christie sabía que, si quería triunfar en el género, tenía que crear un personaje-detective original, con una fuerte personalidad, que sirviera de enlace entre varias novelas. Debía diferenciarse de otros, bien por su aspecto físico, bien por sus cualidades intelectuales. De esta forma nació Hércules Poirot.

HÉRCULES POIROT es el primer detective utilizado por Mrs. Christie, y el que más historias protagonizó después. De todos es conocido el estrambótico y pequeño personaje, con su bigote erizado y engomado. Como se ha dicho, durante la primera conflagración mundial fueron acogidos en Inglaterra grupos de refugiados belgas; uno de estos grupos se estableció cerca de Torquay, donde vivía Agatha Christie con su familia. Los orígenes de Poirot se nos relatan en «Tragedia en tres actos»; «*En mi casa éramos muy pobres*».

Todos los hermanos, que éramos muchos, tuvimos que salir a correr mundo ... »

Es protagonista de la primera novela de la autora. Siguiendo la tradición de Conan Doyle, el personaje nos es presentado por otro secundario a manera de «amanuense», un ayudante suyo llamado Hastings, que hace gala continuamente de su mediana inteligencia, y es un paralelo de Watson.

En un principio, Poirot va siempre acompañado de su inseparable compañero y cronista, hasta que éste conoce a una linda muchacha y se casa con ella, yéndose a vivir a la Argentina. Luego, sus apariciones son esporádicas.

El capitán Hastings es el polo opuesto de Poirot: es un inglés correcto y un tanto anodino, tardo de comprensión, y que profesa por su amigo una admiración sincera, mezclada con un tanto de resentimiento. Es un gran adorador de las damas, sobre todo de las mujeres pelirrojas.

Una vez desprendido de su acompañante, seguimos disfrutando de las peripecias del detective, contado ahora por un narrador omnisciente, o por algún otro personaje. Se precia de resolver los casos más difíciles sin moverse de un sillón, utilizando tan sólo sus pequeñas y privilegiadas «células grises». Al mismo tiempo consume grandes cantidades de chocolate y licores dulces y empalagosos, y emplea continuamente locuciones francesas en su conversación.

A lo largo de muchos años contemplarnos los gestos del hombrecillo de cabeza en forma de pera, su forma característica de ladearla, el brillo verde de sus ojos sagaces, y sus manías entre las que se encuentran un respeto excesivo por el orden y la simetría, por la limpieza, y también una fobia extrema e instintiva hacia los viajes por mar. Las alusiones a su propia inteligencia llegan a resultar enojosas, y nos asombramos de la paciencia con que su amigo Hastings las tolera

El detective va atando cabos, considerando cada una de las circunstancias del caso, entrevistando a los personajes del drama, hasta que en un golpe final de efecto los reúne invariablemente a todos y desenmascara al asesino. En ocasiones, sus normas éticas no son demasiado ortodoxas, Y no vacila en empujar a un hombre al suicidio con tal de resolver un caso, ni tampoco en incurrir en escalo o cualquier otro procedimiento más o menos delictivo.

Se nos muestran claramente algunos de los sistemas deductivos de Poirot: así, una vez que ha entrevistado a los personajes del drama, toma una serie de notas acerca de cada uno, en forma sistemática: móvil, coartada, pruebas en contra y circunstancias sospechosas.

Hay un momento en que el personaje empieza a decaer, y sus extrañas costumbres a convertirse en verdaderas manías de neurótico. En sus últimos años tiene la pretensión de escribir un libro sobre literatura policíaca.

Es un dilecto amigo de Ariadne Oliver, la escritora de misterio, tan parecida a la verdadera novelista. Es protagonista en 32 novelas largas, así como en tres volúmenes exclusivos de historias cortas, y está incluido en otros de detectives múltiples.

Como se ha dicho, el final de Poirot fue planeado tempranamente por su creadora, en una novela conservada durante mucho tiempo y publicada tan sólo tres meses antes de la muerte de Agatha Christie: el capitán Hastings se ha quedado viudo y ha vuelto a Inglaterra, y aquí coincide en un hotel con su propia hija, Judith, que es protagonista de la historia. Poirot está ya en plena decadencia física, y su final no resulta en absoluto alentador; la autora parece ensañarse con su personaje.

No era suficiente, para una escritora tan prolífica, el haber creado un detective: podía llegar a aburrirse de él, y en efecto así le sucedió. En un momento de su vida siente deseos de asesinarlo, porque es la única forma de suprimirlo. Necesita nuevos detectives de ficción, que descubran por distintos caminos al delincuente. Surgen así personajes efímeros, a los que vemos en una novela y nunca más volveremos a encontrar. Sucede por ejemplo con una jovencita, a quien la autora llama «Ana la aventurera». Son tipos que no cuajan, que no gustan al público ni a su propia creadora. Otros, en cambio, volverán una y otra vez, como el matrimonio Beresford o la inefable Srta. Marple.

Contrariamente a Poirot, un hombre de ciudad que gusta de moverse en ambientes urbanos, que odia el

campo a causa del frío o del excesivo calor, y tiene siempre a mano a su eficiente secretarla o a su fiel criado George, la SRTA. MARPLE es una anciana que vive en un pueblecito. Su debilidad es un pequeño jardín, así como el salir a buscar la conversación de sus amigas y vecinos, que viven en el pueblo hace casi tanto años como ella. Están el médico y el vicario, y unas cuantas solteras; conoce a algunas muchachas que ha tenido en su casa como sirvientas, y de las cuales se considera responsable todavía, aunque se hayan convertido en mujeres casadas y madres de familia. Siempre andará tras ellas la sombra de su protectora, la Srta. Marple, que por otra parte es un poco métomeentodo. Pero hay que perdonarle sus debilidades, porque es una buena viejecita, y además muy inteligente.

El simpático personaje tiene un origen múltiple: por una parte hay en una novela una mujer entrañable, Carolina Sheppard, hermana del doctor que en «El asesinato de Rogelio Ackroyd» resulta ser el asesino. La autora se entusiasmó con Carolina, y pensó en crear un detective femenino que se moviera en un ambiente rural. Al mismo tiempo, para los rasgos característicos, tomó los de su propia abuela.

La Srta. Marple actúa en «Muerte en la vicaría»; pero la autora, en el prólogo de «Srta. Marple y trece problemas», declara que estas historias cortas fueron las primeras en que aparece el personaje. Desde el principio nos cautiva la filosofía entre ingenua y maliciosa de la anciana, que sin salir de St. Mary Mead ha llegado a conocer los más insondables abismos del alma humana.

Miss Marple es protagonista en 12 novelas largas, y sus historias cortas están reunidas en cinco volúmenes. Uno le pertenece (16), y otros los comparte con diferentes detectives.

Tiene un sobrino escritor, Raymond, que le proporciona de cuando en cuando la oportunidad de viajar y habitar en exóticos lugares, donde siempre surgen hechos extraños, y se producen crímenes inquietantes que ella resuelve, con inimitable estilo, y cuya existencia trata de justificar: «*Se dan estas curiosas coincidencias en la vida. Recuerdo que una tía mía naufragó en cinco ocasiones ...*»

Andando el tiempo el personaje se va humanizando más y más, y al final la autora, que ya ha alcanzado también una edad venerable, habla muchas veces por boca de la anciana. Si juzgamos por la fecha en que fue publicada la primera novela en que Miss Marple es protagonista, 1930, habría que suponer que era más que centenaria cuando se publicó la última, en 1976.

Sus historias nos son contadas siempre por un narrador omnisciente, (que todo lo sabe y lo penetra), si se exceptúan diversos relatos por cada uno de sus protagonistas, y uno corto que la misma Srta. Marple nos presenta en forma epistolar.

TOMMY Y TUPPENCE BERESFORD, «Tommy» y «Penike», aparecen en la segunda novela de Agatha Christie. Nos hallamos en la reciente posguerra del 14, y los dos jóvenes aventureros están ansiosos de trabajar en lo que sea, y de correr extraordinarias aventuras. Se enamoran y se casan, y más tarde hallaremos al matrimonio en diversos estadios de su vida.

Son protagonistas de cuatro novelas largas, y un libro de episodios cortos. En éste, la pareja es aún recién casada, y ambos acaban de instalar una oficina o despacho de detectives.

Las historias no son casi nunca, al menos en un principio, de carácter puramente policíaco; más bien son intrigas de aventuras y de espionaje internacional. Nos son contadas por un narrador impersonal.

Más adelante, en sus peripecias empieza a introducirse el «crimen doméstico», aunque siempre mezclado con asuntos de espionaje. Literariamente hablando, las novelas de los Beresford son las menos ágiles de las escritas por la autora, y en ellas soportamos largos parlamentos monolíticos.

En realidad, son éstos los únicos protagonistas para los cuales el tiempo pasa de una forma natural, coincidiendo el tiempo novelístico con el real: las primeras aventuras corresponden a su juventud, y la última a una madurez cercana ya a la ancianidad (78).

PARKER PYNE es un detective creado en los años 30, y que nunca protagonizó una novela larga. La totalidad de sus historias cortas están comprendidas en «Parker Pyne investiga», aunque más adelante hallamos alguna incluida en algún otro volumen («Problema en Pollensa»). Es afectado y desvaído; en un principio se ocupa tan sólo en problemas de tipo sentimental, y más tarde sus actividades se desplazan, desde su propio despacho en Londres a lugares más exóticos, pasando las tramas a ser historias criminales. Luego

perdemos de vista al personaje, que no debió resultar demasiado simpático a su creadora.

En cuanto a MR. QUIN (que tiene un compañero inseparable, el Sr. Satterthwaite), es un ser híbrido entre detective al modo de Sherlock Holmes y espíritu venido de otros mundos, que llega y desaparece luego en forma siempre misteriosa, como si su cuerpo no tuviera que obedecer a leyes físicas. Los ambientes en que se desarrollan sus tramas son inquietantes, y románticos; no obstante, al caballero no parece disgustarle tampoco la buena mesa.

Otros personajes-detective son Giraud, de la Sureté de París, Japp de Scotland Yard, Battle, también inspector de Scotland Yard y amigo de Poirot, el inspector Narracott, el Coronel Race y otros miembros de la policía inglesa. El superintendente Sudgen resulta ser el criminal en una de las historias (31). Todos colaboran con el detective protagonista, que puede ser Poirot o la Srta. Marple, apoyándolos en sus pesquisas y quedando siempre en un discreto y oscuro segundo plano. El inspector Lejeune (66) y el superintendente Battle (43) son protagonistas exclusivos de sendas historias.

ARIADNE OLIVER. -Hemos dejado en último lugar a la novelista de ficción, y no por cierto a causa de su poca importancia, sino porque se le dedicará todo un capítulo más adelante, en este libro.

Es de notar la escasa popularidad del personaje, que pudo ser el más entrañable para su creadora. En él vuelca sus experiencias y sus opiniones sobre la tarea de escribir, sobre los trabajos y sudores del novelista, y sus relaciones más o menos cordiales con el público, los editores y la prensa. Incluso físicamente, la Sra. Oliver es un calco de Mrs. Christie.

VI

LOS MÓVILES DEL CRIMEN («¿Por qué?»)

Si hay algún elemento que preste un cierto sentido al acto delictivo, que esté en su fondo y sirva de armazón a la sucesión de los hechos, ése es el móvil. Dejando a un lado los delitos cometidos por causa de un impulso momentáneo, como puede ser un acceso de ira o un estado patológico, todo crimen está motivado por un móvil, que contesta a la pregunta: ¿por qué?

En varias ocasiones, personajes de las novelas de Agatha Christie nos proporcionan una relación completa de esas causas: «*El móvil. Mantengámonos firmes en las direcciones trazadas desde el punto de partida... Preguntémosnos, ante todo, cuántos son los posibles móviles de un asesinato... Ante todo, una ventaja material... ¿Qué otro puede ser el móvil? ¿el odio? ¿un amor agriado por los celos? Viene, por último, el miedo.*»

Estadísticamente, LOS MOTIVOS ECONÓMICOS o de interés ocupan aquí el primer lugar como móviles del crimen, y pueden ser muy variados. En un gran porcentaje de casos hay de por medio una herencia que alguien quiere percibir, aligerándose la muerte de un pariente o un amigo que había testado a favor del asesino. No hay un tipo determinado de víctima: ésta puede ser hombre o mujer, de edad avanzada o en plena juventud, e incluso puede ser un niño. Casi nunca los crímenes surgen solos, sino dentro de una serie provocada por la presencia de testigos, o de otros beneficiarios de la herencia. Pueden ser maridos que se han deshecho antes de otras esposas, e incluso prometidos que liberan antes a sus novias de parientes próximos, acabando luego con la infeliz en cuanto sale de la iglesia.

Junto a las herencias están los seguros de vida. Aquí suelen ser personas jóvenes las que mueren, y casi siempre en accidentes mejor o peor simulados. El asesino es especialmente astuto, porque tiene que engañar a las compañías de seguros al mismo tiempo que a la policía.

De 49 casos en que el móvil es el dinero, se trata de recibir herencias en 25 de ellos. Otros motivos de interés o lucro pueden ser cobrar 5.000 libras en un concurso radiofónico (14), heredar una valiosa pintura (57) o una suntuosa finca (61).

Como segundo móvil del crimen tenemos el MIEDO; puede deberse a que alguien descubra antiguos hechos delictivos, y el sujeto será una persona que goza de consideración social. A menudo hay de por medio un chantajista, que aprieta las clavijas a su víctima en forma intolerable. Entonces, la víctima se vuelve peligrosa y mata.

Puede temerse la actuación de testigos de un crimen reciente. Alguien ha podido oír o ver algo, o está haciendo más preguntas de las que debiera. El asesino liquida al testigo peligroso, extendiéndose de esta forma el tejido de su actuación criminal.

Puede darse también sobre un cierto sujeto la presión excesiva de un familiar, con lo que se despierta el deseo de liberación, y tras un inútil forcejeo de voluntades, la persona más débil decide librarse de su opresora, por medio de la violencia.

También EL ROBO puede ser motivo de homicidio, casi siempre premeditado, ya que no es corriente que en estas novelas surja el acto rápido que no había sido planteado de antemano. Los asesinos actúan fríamente, no vacilando en matar a la señora que viaja con su maletín lleno de joyas, y la muerte no se lleva a cabo por un desconocido, sino por una persona allegada y cercana a la víctima. En 14 casos, hallamos como móvil el robo, con o sin asesinato subsiguiente. En la mayoría de las historias se trata de robos de joyas, pero pueden ser otros objetos:

El brillante Koh-in-oor (6).

Valiosos rubíes (9).

Un collar de brillantes (20).

Un famoso brillante (34).

Una pintura valiosa (47).

Una riquísima copa que había pertenecido a los Borgia (47).

El asesinato del marido (4 casos) o de la esposa (9 casos) tiene, aparte de las razones económicas que ya se han mencionado, otros motivos de tipo emocional: el marido ha conocido a una linda y desenvuelta jovencita con la que quiere unirse, y el único obstáculo es su celosa mujer; o sucede al contrario. O bien, un hombre ha contraído un anterior matrimonio que aparentemente nadie conoce, pero entonces surge la primera esposa, o algún testigo de la boda, y se impone la acción. De esta forma puede aparecer muerta una mujer desconocida, venida del último rincón del mundo, sin que nadie sepa su exacta procedencia, más que el agudo detective que desenmascara al esposo criminal. El asesino puede ser el marido, o bien la mujer, o el amante de cualquiera de los dos.

Los CELOS pueden llevar al crimen, en ocasiones a asesinatos cuidadosamente planeados. No se trata aquí del crimen violento o pasional, llevado a cabo a la vista de todos, sino de otro mucho más artero y menos claro.

Por 14 veces emplea Mrs. Christie como móvil del asesinato los celos, sobre todo en las obras de su primera época (quizá coincidiendo con los suyos propios). Luego este móvil se va haciendo menos frecuente. En su última novela publicada (aunque escrita en 1945), «Un crimen dormido», el motivo del crimen son unos celos fraternales patológicos.

Sigue como motivo, también importante, LA VENGANZA. Esta anida en sensibilidades un tanto enfermizas, y hallamos personas que, por una causa u otra, desde la niñez han abrigado un odio ciego. Se vengarán de los daños sufridos en sí mismos, o quizá en otras personas queridas que han perdido los bienes, la fama o quizá la vida a manos de alguien que, a la postre, resulta ser víctima de asesinato. Hechos que nadie recordaba ya, muy alejados en el tiempo y en el espacio, provocan después de muchos años reacciones violentas, o sutiles planes de venganza. No es raro que, para llevar a cabo una de estas venganzas, en lugar de matar a la persona odiada se haga recaer sobre ella la acusación de asesinato de un tercero: «*Nadie odiaba a*

Mary Gerrard, excepto Elinor Carlisle. ¿Odiaba alguien a Elinor Carlisle?» (36).

Hay otros asesinatos de origen colectivo, en novelas referentes a bandas internacionales o círculos de ESPIONAJE (11 casos). Estas historias suelen coincidir en el tiempo con alguno de los dos conflictos mundiales, y reflejan un ambiente de tensión general. Son las menos logradas dentro de las de Agatha Christie, y los argumentos resultan un tanto absurdos y folletinescos. Los asesinatos han perdido su interés, al haber perdido también su carácter íntimo y familiar.

Existe una modalidad del crimen con móviles imprevisibles: se trata de los cometidos por SERES DESEQUILIBRADOS, para los cuales no rigen los mismos postulados que para el resto de la humanidad. Extrañas interpretaciones hacen que mentes retorcidas tomen decisiones funestas. Se trata quizá de una persona insignificante y anodina que quiere hacerse notar, y para ello no vacila en cometer asesinato con tal de llamar la atención. El delincuente puede ser un simple mozalbete, y también un oscuro hombre de ciencia que ha fracasado. Puede ser incluso una niña que aparentemente lleva una vida normal, pero que ha ido creando dentro de sí un mundo deformado. Esta criatura es capaz de llegar al asesinato de su abuelo, y de la vieja cocinera que la ha cuidado desde que nació. Existe incluso el caso de un hombre que disfruta, no cometiendo el crimen por sí mismo, sino instigando a otros a cometerlo, por medios arteros y muy eficaces. Hallamos 10 casos de lo dicho, entre ellos:

Deseos de hacerse notar (12).

Por causa de un amor enfermizo (16).

Obra de un loco (49).

Un macabro juego infantil (50).

El ansia de notoriedad (66).

Un acusado desequilibrio mental (73, 77).

Un amor desproporcionado (76).

Asesino sádico, que no comete personalmente los crímenes pero incita a otros a cometerlos (80).

Hay quien trata de tomarse la justicia por su mano (19, 33, Poirot en 80), y finalmente hallamos MOTIVOS VARIOS que incitan a la comisión del crimen:

Crímenes «circunstanciales», que sirven para encubrir al verdadero (23).

«Ensayo» del crimen principal, y otro para confundir a la Policía (24).

Establecer una coartada en relación con el crimen principal (39).

VII

EL MÉTODO DEL CRIMEN («¿Cómo?»)

Acerca del asesinato, Mrs. Christie afirma por medio de uno de sus personajes: «*A veces puede ser artístico... Depende de quién cometa el crimen.*» Si repasamos sus títulos, tanto en historias largas como en colecciones de relatos cortos, nos asombra la prolífica imaginación puesta en juego para idear una tan variada modalidad de crímenes. Algunas historias contienen la escalofriante cifra de siete, y hasta de diez asesinatos, y no por ello se repite la fórmula de muerte. He aquí algo que pone a prueba la creatividad de un autor.

Tuvo que suponer muchas horas de trabajo para la novelista el urdir sus tramas, tratando siempre de no repetirse y de cautivar en todo momento la curiosidad de sus lectores, cosa que consiguió, si se juzga por la cantidad exorbitante de sus admiradores de todos los países y edades, y eso a lo largo de una extensísima carrera de escritora policíaca.

Es indudable que tuvo que documentarse bien al respecto, a lo que contribuyó en buena forma su conocimiento de los venenos, que adquirió como enfermera. Pero no tuvo que detenerse ahí, sino que se vería obligada a consultar obras de medicina legal, así como características y efectos de las armas de fuego. Habría buceado también en obras policíacas anteriores, asumiendo algunos de los sistemas empleados antes, convenientemente disfrazados. Lo cierto es que ningún autor policíaco ha sido tan imaginativo como ella en cuanto a sistemas de matar (Según Bernard Shaw, Agatha Christie es la mujer que más beneficios ha obtenido del uso del veneno, si se excluye a Lucrecia Borgia). Otros sistemas, por el contrario, son poco usados en sus novelas, quizá por ser más sofisticados. Es el caso de la electrocución, que apenas encontramos en alguna de ellas. El veneno es suministrado por la boca en 72 casos, y por otros conductos en 18. Hay 34 casos de disparos de arma de fuego, y 29 de herida por arma punzante o cortante; hay golpes con instrumentos contundentes (26 casos), y estrangulamientos (19 casos). El ahogamiento por inmersión arroja la cifra de 12 casos, a más del suicidio cometido o simulado, o la inducción a él, en 23 de estas historias.

Es cierto que en cualquier libro de toxicología hallaremos que el VENENO puede administrarse por distintos conductos, y la novelista lo sabía. Junto al típico envenenamiento por arsénico, y los más refinados por nicotina, aconitina, cianuro, etc., se puede inhalar el tóxico, o bien ser administrado en inyección, mezclado con el tabaco de un cigarrillo, o en una crema de afeitar o de belleza... Dice la leyenda, con más o menos fundamento, que el apuesto caballero español Juan de Austria murió por el veneno que impregnaba sus ropas. Si se añade a esto la inoculación de virus o bacterias, tenemos todo un muestrario de formas de matar por envenenamiento, que utiliza la novelista:

Veneno por la boca:

- Envenenamiento por estricnina (1).
- Envenenamiento en el café (2).
- Otro envenenamiento (7).
- Somníferos en el whisky (11).
- Estricnina en una botella de vino (Hidrocloruro de morfina, soluble) (12).
- Atropina en un vaso de agua (16).
- Cambio del frasco de sales por cianuro potásico (16).
- Digitalina (hierbas de dedalera) (16).
- Cianuro potásico (suicidio frustrado) (18).
- Envenenamiento paulatino con arsénico. Luego, en forma fulminante con estricnina (20).
- Ocho gramos de morfina en la cerveza (22).
- Nicotina en un combinado (24).
- Nicotina en el oporto (24).
- Veneno en bombones (24).
- Ácido hidrocianico en un refresco (25).
- Sustitución del jarabe de higos por tinte de sombrero (26).
- Sustitución de agua por corrosivo (27).
- Estrofantina, que ataca al corazón, en ginebra rosa (28).
- Fósforo (29).
- Cianuro potásico (33).
- Cloral (33).
- Estricnina en unas ostras (34).
- Cianuro potásico en el champán (34).
- Simulación de gastritis aguda (35).
- Barniz de sombreros (ácido oxálico) (35).
- Hidrocloruro de morfina en el té (aparentemente, en un emparedado) (36).
- Conicina en la cerveza (hidrocloruro de conicina, extraído de la cicuta) (41).

Cianuro (42).
 Cianuro en el champán (44).
 Vino emponzoñado (45).
 Envenenamiento lento (45).
 Con arsénico (47).
 Sustituyendo sellos para dormir por arsénico (48).
 Con arsénico, varios (48).
 Sustitución de insulina por eserina para los ojos (50).
 Digitalina en el chocolate (50).
 Sustitución de pastillas de aspirina por veneno (52).
 Cocaína (55).
 Ptoína (55).
 Envenenamiento fingido con arsénico (57).
 Toxina en el café (58).
 Cianuro en el té (58).
 Morfina (60).
 Envenenamiento de una mujer alcohólica (60).
 Envenenamiento de la propia madre (60).
 Con arsénico (62).
 Con pastillas de acónito (62).
 Con talio, varios (66).
 Sedante en un «daikiri» (67).
 Simulado con arsénico en el café (67).
 Hidrato de cloral (68).
 Cianuro dentro de una cápsula contra la alergia (72).
 Por accidente, con una cápsula contra la alergia (72).
 Veneno en el chocolate (73).
 Morfina en un vaso de leche (73).
 Leche envenenada (76).
 Digital (78).
 Arsénico (80).
 Morfina (80).
 Cianuro de potasio en la cerveza (80).
 Varios.

(En cuanto a la nicotina, Mrs. Christie nos dice que *«el alcaloide puro es un líquido inodoro y bastan unas gotas de él para matar a un hombre casi instantáneamente... Sin embargo, se emplea para usos comunes. En solución, se usa para regar los rosales»*) (24).

También demuestra conocer los antidotos: *«... una solución de bicarbonato de sosa, y una dosis de aceite de oliva. Para el dolor, una inyección de sulfato de morfina»*.

En una ocasión cita el «Scheele green», veneno utilizado para empapelar paredes.

Veneno por otros conductos:

Inoculación de virus de septicemia (5).
 Ácido cianhídrico inhalado (8).
 Inyección de veneno, y la víctima quemada en una estufa (8).
 Veneno en una ampolla de cristal que se rompe por el sonido (12).
 Acido prúsico en un cigarillo (suicidio) (20).
 Veneno de serpiente de árbol o bommslang (Displiolidus Typus), en una pequeña flecha en el cuello,

sin cerbatana (25).

Inyección de Evipán, anestésico combinado con los efectos de un barbitúrico (26).

Infección de ántrax por brocha de afeitarse (26).

Enfermedad tropical inoculada (26).

Inyección de digitalina (32).

Inyección de cianuro (33).

Infección septicémica de una herida en un dedo (35).

Inyección en la encía de adrenalina y procaína (37).

Ungüento envenenado (45).

Sulfato de atropina en la brocha de afeitarse, a fin de provocar la locura (47).

Inoculación de microbios: colitis ulcerativa, tifus y neumococos, y tuberculosis (47).

Inyección de estrofanto (51).

Inyección de ácido fórmico para simular picadura de abeja (55).

Inhalación de ácido prúsico en lugar de la medicina contra el catarro (67).

Belladona en una crema de belleza, que produce trastornos mentales (69).

Como se ha dicho, tienen también su importancia las bajas por ARMAS DE FUEGO aunque éstas no sean el fuerte de la autora. Ella misma nos lo dice por medio de su personaje, la novelista Ariadne Oliver: «*No veo dificultad en que yo confunda la graduación de los policías, y diga revólver cuando se trata de una automática ...*» Más tarde, no obstante, observa Poirot: «*En los últimos años ha aprendido una gran cantidad de cosas que había ignorado siempre. Por ejemplo: muchos detalles referentes a los procedimientos policíacos. Entiende también algo más de armas de fuego y de cuanto se relaciona con su empleo ...*» Quizá por ser éste un sistema preferido por el hombre en general, no fue del agrado de Agatha Christie. El método predomina aquí en casos de suicidio, o de suicidio simulado:

Disparos con arma de fuego:

Tiro en el paladar con escopeta de cañones cortos (5).

Tiro en la nuca (5, 6, 11).

Suicidio por tiro en la sien (12).

Dos disparos de bala (12).

Un tiro de escopeta (12, 13).

Se dispara por equivocación: la víctima vestía ropa de otra persona (15).

Un tiro en la sien, simulando suicidio (22).

Suicidio real, por disparo en la sien, que se quiere hacer pasar por asesinato (28).

Muerte por disparo y simulación de suicidio (28).

Tiro en la sien (30).

Disparo de pistola (33).

Suicidio por disparo (33).

Dentista muerto de un tiro (37).

Disparo de revólver (46).

Suicidio por disparo (48).

Disparo de arma de fuego (48).

Suicidio simulado con arma de fuego (49).

Disparo de arma (51).

Tiro de arma de fuego (52).

Simulación de accidente con pistola (55).

Tiro de arma de fuego (56, 64, 57, 67).

Atentado con arma (78).

Disparo de arma de fuego (80).

La autora muestra también su preferencia por el asesinato llevado a cabo con ARMA PUNZANTE: inventa una serie de extraños objetos, que van desde el puñal fabricado con cable de aeroplano, hasta la daga tunecina o el alfiler de sombrero, el bisturí de callista o la flecha clavada arteralmente en el cuello de la víctima.

Arma punzante o cortante :

Daga hecha con cable de aeroplano (3).
 Daga tunecina (7).
 Cuchillo de carnicero (S).
 Aguja de sombrero (10).
 Fina daga clavada en el corazón (16).
 Bisturí de callista en la nuca (17).
 Acuchillamiento múltiple (19).
 Pinchazo en el cuello (20).
 Acuchillamiento en un escenario (21).
 Apuñalamiento en un cine (23).
 Una flecha en el cuello (25).
 Estilete en el corazón (26).
 Degollación (31).
 Apuñalamiento dentro de un arcón (34).
 Cuchillo en el pecho (34).
 Un pincho en la nuca (42).
 Cuchillo de mesa (55).
 Apuñalamiento en el interior de un cofre (65).
 Varios apuñalamientos.

Pagan también su débito a la muerte toda clase de INSTRUMENTOS CONTUNDENTES: figuras de adorno, contrapeso en un escenario, y se alcanza la forma más complicada por medio de la bola de un atizador, atornillada al mango de una raqueta; o un cortador de azúcar que tiene encima como adorno un pajarito de metal.

Golpe con instrumento contundente:

Con una figura de adorno (5).
 Un saquillo de arena (14).
 Un calcetín lleno de arena (16).
 Una piedra de molino (27).
 Una gran piedra (30).
 Una piedra sobre una puerta (31).
 Un gran reloj (33).
 Una piedra de adorno (35).
 La bola de un atizador, atornillada al mango de una raqueta (43).
 Una barra de hierro (49).
 Una piedra sobre la puerta (atentado simulado) (50).
 La estatuilla de una Venus (51).
 Golpe con un cortador de azúcar que tiene encima un pajarito de metal (54).
 Contrapeso de un escenario (56).
 Un objeto pesado y cortante (57).

Un pisapapeles dentro de un calcetín (60).
 Atizador de fuego (63).
 Porra de goma o bolsa de arena (64).
 Una gran piedra (76).
 Etc., etc.

En cuanto al ESTRANGULAMIENTO como forma, ofrece todo un conjunto de posibilidades: puede realizarse con un cordón de zapato, una cuerda de ukelele, una cinta métrica, y, método más expeditivo aunque violento, con las propias manos.

Estrangulamiento:

Con el cordón de un zapato (4).
 Con un cordón de seda (9).
 Cuerda de ukelele, se simula un suicidio (12).
 Con cinturón (23).
 Ahorcamiento (suicidio) (33).
 Con un sudario (45).
 Con cinta métrica (51).
 Con corbata de seda (54).
 Con una media, y la nariz prendida con una pinza de la ropa (58).
 En un tren (62).
 Con un pañuelo, dentro de una cabina telefónica (68).
 Con las manos (72).
 Varios.

Nos queda considerar el AHOGAMIENTO como forma de muerte. Es este un sistema también predominantemente femenino, y se puede llevar a cabo dentro de una bañera, en el mar o en el río, e incluso dentro de un cubo de agua donde flotan manzanas.

Ahogamiento por inmersión:

Dentro de una bañera (12).
 Varios ahogamientos provocados (16).
 En el mar (se simula suicidio) (16).
 En el río (16).
 Una barca volcada en el río (muere la asesina) (26).
 Un hombre empujado al río (35).
 Dentro de un pilón (45).
 En la pila del fregadero (intento) (52).
 En el río (53).
 Un alcohólico arrojado al río (61).
 En un cubo de agua con manzanas (74).
 En un arroyo (74).

Hay otros medios que no pueden ser clasificados, por ofrecer las formas más variadas y peregrinas. Se puede empujar a alguien por la escalera (sobre todo, si la víctima es una persona de edad), pueden obligar a un cardíaco a subir una escalera averiando antes el ascensor, o provocar la muerte de una anciana por medio de un aparato de radio. Se puede espantar a un caballo y rematar a la amazona, o despeñar a alguien en el interior

de una mina abandonada, o atropellar a un inválido. Como se ve, son casi incontables los sistemas para borrar del mapa a alguien que resulte molesto, y en estas lides Agatha Christie fue una buena maestra, bien que teórica, como dice Poirot dirigiéndose a su amigo el inspector Japp, «*Mi querido Japp, si yo cometiera un crimen, usted no tendría ni la más remota oportunidad de verlo... ni siquiera de saber que lo había cometido*».

Otros métodos del crimen:

- Caída con electrocución en las vías del «metro» (accidente) (4).
- Electrocución con una pieza de ajedrez (8).
- Simulan una caída por la escalera (16).
- Tentativa de asesinato, tendiendo un cordel en la escalera (29).
- Empujan a un chico por la ventana (35).
- Empujan a una anciana bajo un automóvil (35).
- Una joven carbonizada en un automóvil (había muerto con anterioridad) (40).
- Obligan a un cardíaco a subir la escalera (43).
- Con un aparato de radio provocan un ataque de corazón en una anciana (49).
- Un asesino de mujeres muere de miedo (49).
- Espantan a un caballo y rematan a la amazona (51).
- Arrojan a un anciano por la escalera, y simulan que la muerte había ocurrido más tarde (51).
- Empujan a Poirot al tren (54).
- Arrojan a un hombre del tren (55).
- Defenestración (55).
- Defenestración (71).
- Despeñamiento en una mina (72).
- Atropello de un inválido (74).
- Despeñamiento (77).

Cómo no, también nos hallamos ante algún caso aislado de muerte natural. De todas formas, ésta suele ser tergiversada, y se hace pasar por suicidio o asesinato en beneficio de alguien. Un autor policíaco no puede consentir que en sus novelas alguien muera tranquilamente en su cama, y que el problema se quede ahí.

Abundan también los SUICIDIOS, que unas veces lo son en realidad, y otras son simulados para encubrir un asesinato. Hay suicidios frustrados, inducciones a él, y los medios son también de lo más variados. Predomina aquí el arma de fuego, pero hay ahorcamientos y muertes por inhalación de gas. Como ejemplo de suicidio complicado tenemos uno en «Diez negritos», en que el autor de los asesinatos se mata de un tiro, pero antes ha sujetado el arma con una goma, y al morir él sale proyectada hasta un pasillo, con lo que el motivo de la muerte queda oculto a ulteriores investigaciones. También Poirot se da a sí mismo la muerte en su última novela, al mismo tiempo que termina con el asesino, por medio de un veneno en el chocolate.

Se comete o simula suicidio, o se induce a él:

- Inducción al suicidio por temor a la lepra (5).
- Suicidio aparente con somníferos. Ha sido asesinato (11).
- Suicidio aparente por arma de fuego. Ha sido asesinato (12).
- Suicidio simulado (16).
- Suicidio frustrado con cianuro potásico. Se quiere hacer pasar por asesinato (18).
- Suicidio con ácido prúsico en un cigarrillo (20).
- Suicidio simulado por tiro en la sien. Ha sido asesinato (22).
- Suicidio real por disparo en la sien. Se quiere hacer pasar por asesinato (28).

Simulación de suicidio por arma de fuego (ha sido asesinato) (28).
 Suicidio por ahorcamiento (33).
 Suicidio por disparo, con un complicado artilugio. Se quiere hacer pasar por asesinato (33).
 Simulación de suicidio con cianuro. Ha sido asesinato (42).
 Intento de suicidio (43).
 Simulación de suicidio con gas (44).
 Intento de suicidio con gas (46).
 Suicidio por arma de fuego (48).
 «Posesión psicológica» que acaba en suicidio (49).
 Simulación de suicidio por arma de fuego (49).
 Suicidio real que quieren hacer pasar por asesinato (55).
 Suicidio con leche envenenada (76).
 Suicidio por arma de fuego (77).
 Suicidio de Poirot con veneno en el chocolate (80).

Algunos delincuentes, sobre todo en historias cortas, no llegan al asesinato y se quedan en el simple ROBO; se roban predominantemente joyas (diamantes famosos, collares de perlas, rubíes), pero también pueden sustraerse documentos secretos, testamentos o bonos de banco. Algunos robos no lo son en realidad, sino simulados.

Robo, o simulación de robo, etc.:

Robo simulado de un famoso diamante (5).
 Robo de documentos secretos (5).
 Robo de bonos de banco (5).
 Robo de un collar de perlas (5).
 Robo simulado de joyas, dinero y documentos (5).
 Ocultación de un testamento, que aparece escrito en tinta simpática (5).
 Sustitución de perlas verdaderas por unas falsas (12).
 Se acusa a alguien de un robo que no cometió (12).
 Robo de barras de oro (16).
 Sustitución de tinta normal por invisible (16).
 Robo simulado de joyas (16).
 Robo de joyas, ocultas en una caja china (18).
 Robo simulado de miniaturas (18).
 Robo de unos rubíes, y el collar de esmeraldas de Catalina de Médicis (1 S).
 Se intenta sustituir un brillante verdadero por uno falso, simulando que se hace lo contrario (20).
 Sustitución de joyas verdaderas por falsas. Estas se arrojan al mar desde el tren. (20).
 Robo de una perla que se oculta en plasticina. La verdadera había sido robada antes (20).
 Robo de un valioso collar de brillantes (20).
 Robo de un collar de brillantes por apuesta (21).
 Robo de un collar de perlas (21).
 Robo de la esmeralda del rajá (21).
 Se falsifica un testamento (22).
 Robo de documentos secretos (28).
 Un collar de perlas que esconden dentro de un rosario (30).
 Robo de un famoso brillante (34).
 Robo de un cuadro en un museo (47).
 Robo de la copa de los Borgia (47).
 Timo (49).